

PUNTO DE VISTA

REVISTA
DE CULTURA

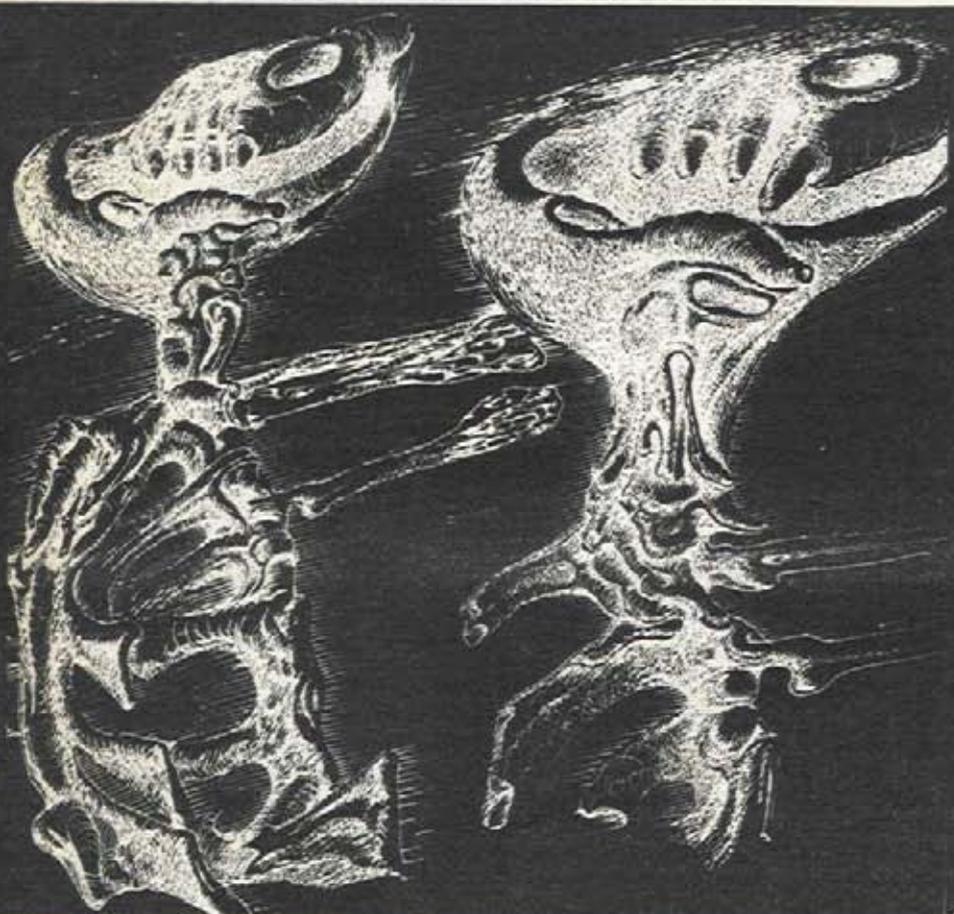
Año V, N° 16

Noviembre de 1982 \$ 35.000

Democracia en la Argentina/Sociología: práctica de investigación y compromiso intelectual/Buenos Aires: el derecho a la ciudad.

Borges y Sklovski

Diez o quince años antes, Sklovski, ignorado por Borges con toda seguridad y, con toda seguridad ignorándolo, escribía sus notas sobre el arte como procedimiento. Sklovski coloca en el centro de su teoría la misma pregunta que Borges: importa más el cómo que el porqué. La literatura debe corroer esa resistencia que los clisés del lenguaje, las viejas retóricas, ejercen con el peso en ocasiones insuperable de lo habitual. El interés que despiertan en Borges los kenningar, revela hasta qué punto la interrogación sobre la práctica literaria es central en su poética.



Una lectura de la historia, de Andrés Rivera: renuncia a las totalizaciones y a la transparencia del dis-

curso narrativo, en un proyecto literario que busca inscribir lo político en el texto. Reportaje a Adolfo

Prieto: enseñar literatura, criticar la crítica, dar a la investigación sus medios y su objeto.

Sumario

PUNTO DE VISTA

REVISTA DE CULTURA

Año V, N° 16
Noviembre de 1982

Borges en Sur: un episodio del formalismo criollo, por Beatriz Sarlo	3
Literatura/crítica/enseñanza de la literatura, reportaje a Adolfo Prieto	7
La práctica sociológica en el mundo contemporáneo, por Jorge Balán	10
Los sectores populares y el derecho al espacio urbano, por Oscar Oszlak	15
Democracia y participación, reportaje a Adolfo Pérez Esquivel	21
Las últimas poblaciones, por Rafael Oscar Ielpi	24
Escritura política y política de la escritura, por María Teresa Gramuglio, sobre Una lectura de la historia, de Andrés Rivera	28
Mínima	30
Libros recibidos	35
Rúbrica	37
¿Una democracia del Norte?	37
Paraguay: una literatura y sus riesgos, por J. J. Reyes	38

Los dibujos de este número son del escultor argentino Norberto Gómez

Consejo de dirección:
Carlos Altamirano
María Teresa Gramuglio
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora:
Beatriz Sarlo

Diseño original:
Juan Pablo Renzi

Diagramación:
Gustavo Valdés

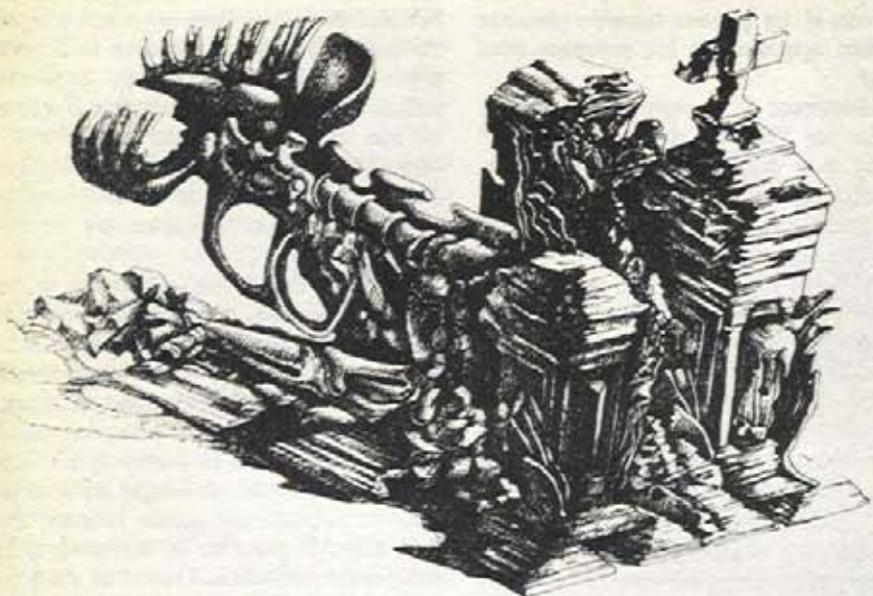
Armado:
Diego Oviedo

Suscripciones

Argentina, un año, \$ 120.000.-
Exterior, 6 números (correo aéreo)
u\$s 25.-

Punto de vista recibe toda su correspondencia, cheques, y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina.

Punto de Vista fue impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Brasil 3215, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de la propiedad intelectual en trámite.



Borges en Sur: un episodio del formalismo criollo

Beatriz Sarlo

En los cinco primeros años de la revista *Sur* (1931-35), Borges publica allí un conjunto de ensayos¹ que me parecen especialmente interesantes. En ellos se proyectan dos líneas de su poética, líneas que articulan su obra de esos años y cuyo cruce es, quizás, la flexión más productiva y original. Podría decirse que Borges inventa una combinación nueva para la literatura argentina: la de dos tendencias que parecían destinadas a no tocarse.

Se trata, por un lado, del criollismo urbano que, como elemento residual del siglo XIX, llega a los años veinte, cambiando su función en la medida en que fueron cambiando sus referencias sociales² y desplazado su lugar en el sistema literario. Borges reelabora, en la teoría y en la práctica de su escritura, este núcleo criollista, cuya poética puede leerse en su *Evaristo Carriego*: una mitología de las orillas, presentada como construcción

estético-ideológica. Borges rescata al suburbio tanto del pintoresquismo sentimental como del fervor reivindicativo, y lo coloca en un espacio propiamente estético, produciendo, al mismo tiempo, su transformación. El suburbio, las orillas imprecisas que separan a la ciudad del campo se convierten en materia literaria nueva, no por la reivindicación voluntarista de valores más fantaseados que reales, sino por el aura (para decirlo de algún modo) que rodea a la zona y que es, sobre todo, producida por sus invenciones. Con el suburbio se responde a una pregunta: ¿a partir de qué materiales construir la literatura argentina? Esta pregunta, imposible de suponer formulada en lo explícito, está, de manera práctica, en los textos de la revista *Martín Fierro* y en *Carriego*. Y Borges la resuelve con el descubrimiento de la zona. Como en toda invención, la ideología ha jugado su papel.

De Borges, en este sentido, podría de-

cirse la inversa de lo que Benjamin indica en Baudelaire: "Lo típico de la poesía de Baudelaire reside en que las imágenes de la mujer y de la muerte están compenetradas de una tercera, la imagen de París... Pero lo cierto es que la referencia a lo moderno sirve para mencionar siempre a la prehistoria". Por el contrario, en las orillas casi pretéritas, en el borde de lo urbano, Borges coloca un centro presente y activo: la referencia al suburbio, al pasado, nombra paradójicamente a la vanguardia. El movimiento desde afuera (desde atrás) hacia el centro, movimiento que funda no sólo un tipo de percepción y una sensibilidad particular para la lengua, sino también un universo ideológico y temático.

¿Qué tiene que escribir la literatura argentina? Esa es la pregunta. Borges comenzó a contestarla en sus primeros libros de poemas, en algunos textos de la revista *Martín Fierro*, donde puede leerse, así como en el ensayo publicado en *Sur*, una respuesta a la canonización del poema de Hernández como obra basal de la literatura argentina, realizada en los años del Centenario. Frente al héroe de la epopeya nacional inventado por Lugones y por Rojas, Borges elige al protocompadrito: "La verdadera ética del criollo está en el relato: la que presume que la sangre vertida no es demasiado memorable, y que a los hombres les ocurre matar... *Quién no debía una muerte en mi tiempo*, le oí quejarse con dulzura una tarde a un señor de edad".³ Este es, en mi opinión, el verdadero punto de ruptura en la tradición literaria argentina: Borges se coloca frente al *Martín Fierro* de manera nueva, recuperando, al mismo tiempo, el objeto que por momentos repugnaba a los contemporáneos de Hernández: la amoralidad del crimen.

Es sabido que la lectura del *Martín Fierro* relocaliza los textos y las posibilidades 'futuras' de la literatura argentina; que la obsesiva recurrencia al nombre de *Martín Fierro*, de los anarquistas a la vanguardia del veinte, pone en escena una disputa enconada no sólo sobre el poema de Hernández, sino sobre cuestiones sociales y estéticas. Borges, al tomar posición proponiendo una lectura, con el mismo gesto funda una de las líneas de

su poética. Percibir el poema ¿en qué marco? En el de "Séneca en las orillas". Esto quiere decir, de algún modo, desruralizarlo, acercarlo a los bordes suburbanos, donde Martín Fierro cumplirá otro ciclo de sus transformaciones: de paisano a orillero, de gaucho malo a compadre. El desplazamiento de Martín Fierro es, significativamente, el del sistema literario argentino.

Pero hay otra lectura que Borges propone en estos años iniciales de *Sur* y que, precisamente, deja su marca en el primer número. "Persiste el carro, y una inscripción está en su costado... Hace tiempo que soy cazador de esas escrituras: epigrama de corralón que supone caminatas y desocupaciones más poéticas que las efectivas piezas coleccionadas, que en estos italianados tiempos ralean".⁴ Lectura de inscripciones populares, que Borges, lejos de toda búsqueda de saber gnómico, lee a la manera de la literatura: *objet trouvé* de la vanguardia argentina, cuyo significado es más hermético que "los misterios delicados de Robert Browning, los baladíes de Mallarmé y los meramente cargosos de Góngora".⁵ ¿Qué es lo que ofrecen estos objetos? En primer lugar, el reflejo de la propia mirada. Son, en efecto, objetos que es preciso descubrir, y encontrarlos supone ya la actividad de una poética que, puede decirse, propone su legitimidad estética en el acto mismo de buscarlos.

La novedad: una trama de discursos releídos o (casi) inventados. Frente a una literatura argentina que va creando sus temáticas⁶, la novedad está en esos rastros del pasado (Borges mismo dice que están desapareciendo y que su búsqueda es ardua) que sólo la práctica del escritor puede convertir de fragmentos dispersos en material literario. Has a aquí una línea sobre la que me parece innecesario insistir.

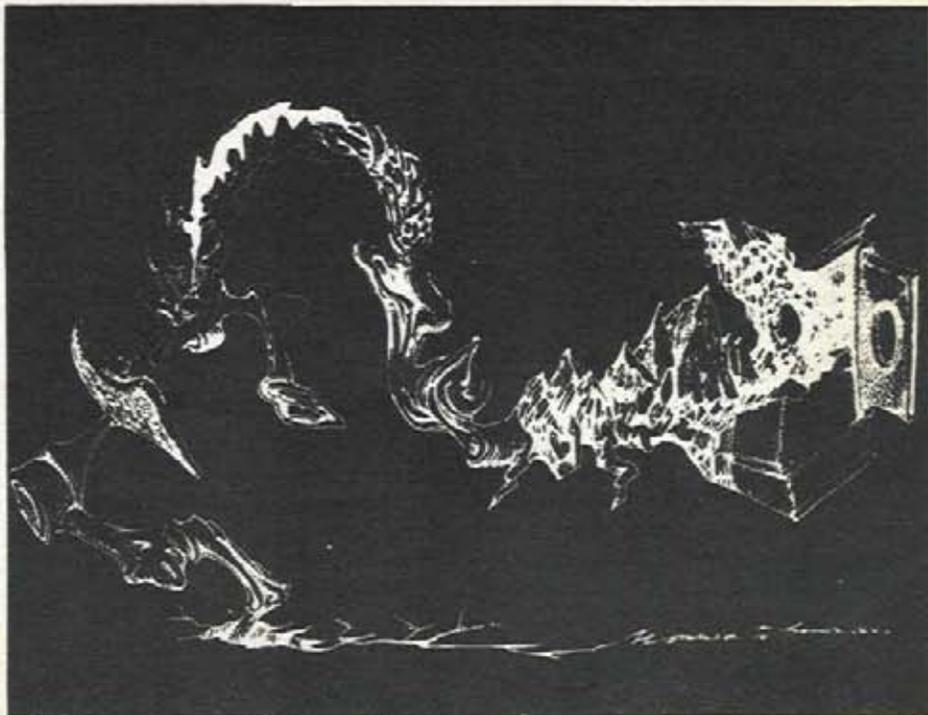
La fascinación de las inscripciones recopiladas en "Séneca en las orillas" reside toda, también, en la alusividad de la significación. Borges valoriza esas escrituras elípticas, que se "complacen en discontinuidades, en generalidades, en fintas"⁷. También en este aspecto hay, allí, una poética. En estado práctico, la mirada del escritor puede arrancar las inscripciones de su inmediatez y volverlas pro-

ductivas, en la medida en que se mezclen con el ars poetica también presente en estos artículos de los primeros años de *Sur*.

"Elementos de preceptiva" (n° 7), precedido por "Noticia de los Kenningar" (n° 6) o la estética del procedimiento. Permítaseme un desvío: diez o quince años antes, Sklovski, ignorado por Borges con toda seguridad y, con toda seguridad, ignorándolo, escribía en sus notas sobre el arte como procedimiento: "Un objeto puede ser: 1. creado como prosaico y percibido como poético; 2. creado como poético y percibido como prosaico. Esto demuestra que la artísticidad, el valor poético de un objeto es el resultado de la manera en que lo percibimos" y luego: "Al reflexionar sobre las leyes generales de la percepción, vemos que, al convertirse en habituales, las acciones se convierten en mecánicas".⁸ Sobre estas dos certidumbres conceptuales, Sklovski elabora su teoría de que el rasgo verdaderamente estético de un texto (aquello que lo diferencia del resto de los discursos y le confiere la 'propiedad literaria') reside en su poder de innova-

ción respecto de las formas conocidas. Percibir de nuevo, esto es: percibir aquello que no ha sido percibido o lo ha sido según pautas 'desgastadas'; producir, luego, un mecanismo textual. Lo nuevo es más que la mitad del arte. Percibir extrañadamente, estéticamente, lo que la mirada imprecisa de la cotidianidad ha sepultado. Por ejemplo: las inscripciones de carro.

Sklovski coloca en el centro de su teoría la misma pregunta que Borges: importa más el cómo que el porqué. La literatura debe corroer esa resistencia que los clisés del lenguaje, las viejas retóricas, ejercen con el peso en ocasiones insuperable de lo habitual. El interés que despiertan en Borges los kenningar, revela hasta qué punto la interrogación sobre la práctica de la literatura es central en su poética. Dice: "El ultraísta muerto cuyo fantasma sigue siempre habitándonos goza con estos juegos". ¿De dónde este placer? Los kenningar son un sistema de equivalencias que Borges no vacila en definir como "penosas ecuaciones sintácticas". Y sin embargo, este procedimiento de la poesía medie-



val islandesa lo atrae al punto que descubre en esas reiteradas metáforas guerreras (cuyo rasgo es la repetición, el pasaje canónico de un poema a otro, la sorpresa y, al mismo tiempo, el calculado reconocimiento) un procedimiento poético casi al desnudo, mostrándose a sí mismo como artificio y conservando, a través de los siglos, su fascinación: "Apenas si unas palabras nos quedan. Imposible saber con qué inflexión de voz eran dichas, desde qué caras, individuales como una música, con qué admirable decisión o modestia. Lo cierto es que ejercieron algún día su profesión de asombro y que su gigantesca ineptitud maravilló a los rojos varones de los desiertos volcánicos y los fjords, igual que la profunda cerveza y que los combates de caballos encabritados".⁹ *Procedimiento formal y mundo bárbaro*: esta unión, nuevamente, da la clave de dos líneas de la poética borgiana.

También se trazan dos líneas de "Elementos de preceptiva" (quizás el texto más clásico de esta serie). La cuestión aparece aquí claramente formulada: "Ese delicado juego de cambios, de buenas frustraciones, de apoyos, agota para mí el hecho estético. Quienes lo descuidan o ignoran, ignoran lo particular literario". El problema está colocado, entonces, en el plano de lo que los formalistas rusos llamarían de la literariedad, puesto allí por Borges, quien recurre para trabajar sus tesis a: "una chabacana milonga", el tango "Villa Crespo", un verso del *Paradise Lost* y una estrofa de Cummings. ¿Qué significa este conjunto?

Significa que Borges ya ha completado, de algún modo, el sistema de su literatura. En 1933 y en *Sur*, armó ese artefacto heterogéneo (de Milton a la poesía popular de las orillas) al que su obra ha dotado, de una coherencia que hubiera parecido, a priori, imposible. El asunto reside en cómo leer, y, en consecuencia, cómo escribir: leer del mismo modo todos aquellos textos que hayan sido producidos desde la preocupación estética por el procedimiento: "La literatura es, dice Borges, fundamentalmente un hecho sintáctico".

En efecto, desde este principio, que Borges enuncia distanciándose silenciosa



pero abiertamente de las preocupaciones hegemónicas en el espacio de *Sur*, mira el sistema de textos a partir de los cuales se podrá producir literatura (el viraje es, esencialmente, incorporación de textos marginales o degradados) y cambia la preocupación fundamental del escritor, respecto de la que aparece enunciada por la mayoría de sus contemporáneos y de sus camaradas de la revista.

No puede resultar sorprendente, por lo tanto, que el análisis de la "chabacana milonga" sea un inventario sintáctico-semántico de las "sorpresas" que proporciona al lector. Análisis de los desvíos, realizado para demostrar "las actividades que puede promover en nosotros cualquier forma verbal".¹⁰ Pero hay más todavía: Borges se sustrae, por el mismo movimiento, a una estética de la totalidad, que conciba al valor literario radicado en la hipotética unidad global y homogénea del texto. En este mismo artículo, se reivindica como unidad formal y semántica al fragmento: los tramos de un texto que, por su configuración interna, dan cuenta del modelo de lo que la literatura es. Esto quiere decir: las condensaciones formales, donde el procedimiento decide el destino (la eficacia) de una invención. Lejos

de toda estética expresivista, la de Borges se define por el siguiente lema: "Creo en los razonables misterios, no en los milagros brutos". Y, por lo demás, le parecen tan razonables los misterios de la milonga o el tango "Villa Crespo" como los del verso de Milton. En "El arte narrativo y la magia", el análisis de los procedimientos de la novela concluye con idéntica reivindicación del fragmento: el detalle como índice de un género donde, dice Borges, "profetizan los pormenores".¹¹

También en este ensayo, Borges forma un corpus que sólo con grandes reservas podría llamarse novelístico. Corpus extraño a lo que, desde el realismo, se considera novela, está encabezado por uno de esos textos cuya mención es característica de Borges: *The life and death of Jason*, de Morris, composición en verso que intenta "la relación auténtica de las aventuras apócrifas de Jásón". El oxímoron (autenticidad de lo apócrifo) describe la actividad de la literatura: la forma es responsable de persuadir sobre lo falso. El artículo termina analizando las anticipaciones en los relatos policiales de Chesterton, consideradas como patrones indiciales que

ESCRITURA

Teoría y crítica literarias

Consejo de Dirección

Angel Rama — Rafael Di Prisco

Año VI, N° 11

I. PROBLEMAS
DE TEORÍA LITERARIA

II. LITERATURA
LATINOAMERICANA

Correspondencia a: Apartado 65603, Caracas 1066-A, Venezuela

revista de
crítica
literaria
latinoamericana

Dirección:
ANTONIO CORNEJO POLAR

Avenida Benavides 3074
Urbanización La Castellana
Teléfono 456353
Lima - 18
PERU

aseguran la eficacia narrativa del policial de intriga clásico. Una vez más, Borges subraya: son los pormenores los que deciden.

La atención que Borges dedica, en el número 10 de *Sur*, a la narración policial breve ("Los laberintos policiales y Chesterton") indica dos zonas de preocupación: por un lado, relatos 'menores' respecto del sistema literario dominante (y más menores aún dentro del sistema de *Sur*). Esta inclinación por el género 'menor' Borges la comparte también con los formalistas rusos, al punto que un artículo de Sklovski¹² aborda un problema casi idéntico. A ella se une, por otro lado, la idea de que la definición literaria del género está toda en los procedimientos. Si se comparan los modelos que proponen Sklovski y Borges, se comprueba de inmediato que el de Borges es mucho más atento a las articulaciones formales más amplias y menos dependientes de los materiales narrativos. La descripción de Sklovski de la narración policial se diferencia de la de Borges en que no explícita, de manera tan manifiesta, una poética (aunque es claro que toda la teoría de Sklovski funciona como poética de la vanguardia). El patrón formal descrito por Borges es obligatorio de manera explícita y se propone como legalidad que sólo los "chapuceros" transgreden: describe la moral formal del policial clásico, articulada en sus reglas de lealtad al lector.

Obviamente, las notas de Borges en estos primeros años de *Sur* forman un corpus que, desde varios puntos de vista, es ajeno a las preocupaciones que definen a la revista. Más aún, podría decirse que son notas excéntricas, materialmente marginales en su disposición dentro de cada número. En efecto, uno solo de los siete textos mencionados ("El Martín Fierro") fue publicado en el cuerpo principal del número. Como se sabe, en esta primera época de *Sur*, los ensayos considerados 'importantes' aparecían en un tipo grande y claro, agrupados y precediendo siempre a la sección "Notas", compuestas en cuerpo chico y pensadas como miscelánea bibliográfica y de variedades intelectuales, a la que se asignaba una importancia tan relativa como para

que las firmas se limitaran a las iniciales de sus autores.

Excéntrico en *Sur*, Borges, sin embargo, integra su Consejo de Redacción. La problemática de la revista que, en este período, podría resumirse como la búsqueda de una clave que haga posible la operación de pensar las 'esencias americanas' y, al mismo tiempo, incorporar un conjunto de textos europeos, problemática que tiene como sujeto a la élite intelectual que la revista se propone promover y expresar¹³, no es la de Borges. Problemática de contenidos, con una fuerte tendencia moral, más que interrogación sobre las formas y los materiales de la literatura. Las notas de Borges marcan, en cambio, esa inflexión que él y Girondo imprimieron a la vanguardia de los veinte, resumible en la pregunta: ¿cómo escribir una literatura que pueda pensarse argentina, desde la perspectiva formal y lingüística de una reflexión sobre las operaciones del discurso?

¹ "Séneca en las orillas", n° 1; "El Martín Fierro", n° 2; "El arte narrativo y la magia", n° 5; "Noticia de los Kenningar", n° 6; "Elementos de preceptiva", n° 7; "Los laberintos policiales y Chesterton", n° 10; "Modos de G. K. Chesterton", n° 22, debería agregarseles.

² Desplazamiento y liquidación del gaucho, cambio de función de su figura ideológica en la sociedad y la literatura; incorporación al sistema de figuras sociales y semánticas del inmigrante, etc.

³ *Sur*, 2: 140.

⁴ *Sur*, 1: 175.

⁵ *Sur*, 1: 179.

⁶ Pocos años antes, se estaba aprendiendo a escribir novelas; en ese proceso se incorporaron temas ideológicos y formas narrativas.

⁷ *Sur*, 1: 179.

⁸ Viktor Sklovskij, *Teoría della prosa*, "L'arte come procedimiento", pp. 7 y 10.

⁹ *Sur*, 6: 208 y 207.

¹⁰ *Sur*, 7: 159.

¹¹ *Sur*, 5: 179.

¹² V. Sklovski, op. cit., "La novella dei misteri", pp. 143 y sigs.

¹³ Esta descripción de la problemática de *Sur*, primer período, está siendo trabajada por un grupo de investigación, al que pertenezco, integrado por M. T. Gramuglio, Carlos Mangone y Jorge Warley.

Literatura/crítica/enseñanza de la literatura

Reportaje a Adolfo Prieto

Con el presente cuestionario, al que responde Adolfo Prieto, *Punto de vista* se propone dar lugar a una serie de intervenciones sobre la temática de la crítica literaria, la historia, las ciencias sociales, consideradas en la perspectiva de su desarrollo en la Argentina, de su inserción en el medio universitario y de las experiencias de investigación, experiencias colectivas que es necesario repensar en función de relaciones intelectuales futuras -que logren gobernarse por el pluralismo y la democracia, la coexistencia, que no excluye en modo alguno el conflicto y la polémica, de los discursos y las tomas de posición. Adolfo Prieto, crítico y, en la actualidad, profesor en los Estados Unidos, fue decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Rosario y director de su departamento de Letras. Las preguntas que se le sometieron fueron las siguientes:

1. *En un espacio caracterizado por el trabajo intelectual individual, usted dio impulso a una serie de investigaciones colectivas (sobre la proyección del rosismo en la literatura argentina, sobre la crítica, etc.). Es posible imaginar este rasgo colectivo como emergente del tipo de comunidad creada por un instituto de investigación, en su caso el de Literatura, en Rosario. Nos interesaría conocer su balance de esa experiencia.*
2. *Su actividad de crítico se extiende ya a lo largo de casi treinta años: digamos, desde Contorno. Muy esquemáticamente, puede señalarse en este período un pasaje que podría caracterizarse así: de una crítica "de tesis", "comprometida", a una crítica "por la crítica", que en su misma independencia encuentra la garantía de cientificidad. Contorno, si bien supone una modernización del instrumento crítico, continúa una línea en la cual la reflexión sobre literatura se hacía cargo de un objeto que, con todas las obvias diferencias, era también el problema de Rojas o de Martínez Estrada. Ese objeto (la cuestión cultural argentina como problema) ha sido exorcizado por nuestra "nouvelle critique". ¿Cómo visualiza usted este curso?*
3. *Tenemos entendido que usted está trabajando en la actualidad en un ensayo sobre el criollismo. Usted mismo ha registrado, en trabajos anteriores, la persistencia de esta flexión ideológico-estética en la literatura de los años veinte. Sería interesante que definiera esas dos matrices, criollismo y cosmopolitismo, en relación a la literatura argentina.*

1. La experiencia en el Instituto de Letras de Rosario, entre los años 1959 y 1966, estuvo condicionada por un cuadro de situación excepcionalmente favorable para la Universidad en la Argentina. Por supuesto, no se trata de caer en la nostalgia ni de concedernos la ilusión de que aquello fue una suerte de edad de oro en la que las investigaciones, los seminarios, las discusiones académicas florecían como en su más propicio clima; pero fueron, comparativamente, buenos años. Los gobiernos de Frondizi y de Illia no sólo respetaron la autonomía de las Universidades, sino que la favorecieron ostensiblemente con medios económicos que hicieron posible un mejoramiento cuantitativo y cualitativo de los recursos específicos de la enseñanza. Sin hablar de los medios que permitieron disponer de un aparato de difusión desconocido hasta entonces, y que en algunos casos se empleó positivamente para consolidar la imagen pública de la Universidad. Llegué al Instituto de Letras de Rosario el mismo año en el que EUDEBA exponía sus colecciones en quioscos callejeros, y en el que la *Serie del Siglo y Medio* descubría la existencia y el grado de entrenamiento del público que vendría a sostener, parcialmente al menos, el llamado *boom* de la literatura de los años sesenta.

Los trabajos en el Instituto siguieron varias líneas de desarrollo, pero todas ellas tendían a cumplir el objetivo prioritario que se había fijado la propia Facultad: reclutar un plantel de docentes y de investigadores que pudieran cubrir los claros de una tradición académica apenas existente. Rosario dependía entonces exageradamente del aporte de profesores de la Universidad de Buenos Aires, y la tarea de mayor urgencia consistía en reducir esos vínculos, en establecer las propias bases de

competencia profesional y en enfatizar las líneas de interés académico que pudieran caracterizarla en el futuro.

En este diseño general, la decisión de situar a la literatura argentina en el centro de las actividades del Instituto, se explica fácilmente. La literatura nacional, con su universo dado y compartido de lengua, historia y horizonte de expectativas, se imponía como el mejor punto de confluencia posible, como el espacio de interacción en el que podían y debían probarse los componentes de una dinámica capaz de orientarse a sí misma y de proveer orientación a otros campos de trabajo.

La literatura entonces, francamente, como forma de conocimiento, como compulsión, como auto-reflexión. Uno de los seminarios que dirigí en la etapa inicial, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, fue profundamente removedor, en el sentido que todos sus participantes pudimos discutir, disentir y consentir en una franja de experiencias que iban del acto de recepción del texto en cuanto texto, a las implicancias emocionales de arrastre del fenómeno rosista y a los esfuerzos de reconstrucción de un referente servido menos por la historia fáctica que por las pasiones y los prejuicios desatados por un trauma que abrió y alimentó sus propias reglas de juego.

El trabajo de seminario fue muy efectivo en el corto plazo, como lo fueron también los cursos de apoyo y los coloquios mantenidos con cierta regularidad; pero la idea de vincular a estudiantes y graduados a un programa permanente recibió más alentadoras respuestas de los ensayos monográficos escritos especialmente para la serie de *Cuadernos del Instituto*, como de las colaboraciones a su *Boletín*.

Al cabo de cinco años era posible ya visualizar un grupo de estudiosos verdaderamente interesantes; acaso una decena de jóvenes profesionales que podían integrarse a los niveles docentes y de investigación de la Universidad con pleno derecho. La mayoría de aquellos jóvenes profesionales de entonces, sin embargo, está hoy dispersa en los cuatro puntos cardinales del país y del mundo. El golpe militar de 1966 y los sucesivos desencuentros y calamidades sufridos por la universidad argentina ofrecen la descarnada moraleja del relato. Ninguna política cultural dictada e implementada por la universidad desde su propio

ámbito, o aun más lejos, ninguna universidad puede sobrevivir a las ansiedades y a la inseguridad radical de la sociedad a la que la misma pertenece.

2. Antes de opinar sobre este pasaje, creo que sería oportuno recordar cómo, en qué circunstancias se produjo. *Tel Quel*, comenzó a editarse, como se sabe, con muy limitado tiraje, en 1960. Algunos de los nombres mayores del estructuralismo, como Lévi-Strauss y Barthes, empezaron a difundirse entre nosotros, después de 1962. Pero la aparición en bloque, masiva, arrolladora del estructuralismo, no se produce hasta 1966, el año en el que, precisamente, se produce la intervención militar a la Universidad.

Esta acotación cronológica puede explicar, acaso, el porqué no se produjo en esos años un debate sobre el estructuralismo del tipo con el que muchos intelectuales europeos buscaron advertir sobre los riesgos de la exclusión de la historia, explícitos en la propuesta estructuralista. Pero puede explicar también la fuente de malos entendidos con que algunos seguimos entonces la irrupción de la nueva escuela, la mezcla de irritación y desconcierto con que observábamos sus irrefutables avances en los mismos momentos en que parecía más necesario que nunca percibir el espesor de la historia. Malos entendidos que no debían reconocer tan sólo estas fuentes de desazón subjetivas. El estructuralismo vino a coincidir o se insertó, en la práctica, en el circuito de consumo cultural de la consumista década del sesenta, y era muy difícil entonces distinguir entre sus mensajes y el brillo y la velocidad de las imágenes con que los ofrecía el voraz aparato de la industria cultural. Eran los tiempos en que el último libro de Barthes condenaba al desuso automático a su propio penúltimo y a todos los otros penúltimos de la escuela.

Como quiera que fuere, las circunstancias no favorecieron una correcta apreciación del fenómeno, y si voy a hablar, como debo, por mí mismo, diré que su modo de aparición, su carácter asertivo, sus presunciones de ideología representativa de la época, me afectaron negativamente y afectaron mi ritmo de trabajo con largos paréntesis de retracción.

Para todo el ruido que hizo "la nouvelle critique", puede acaso concluirse que sus logros no fueron tan especta-

culares como sonaban en boca de los profetas mayores y sus acólitos. Aunque no tan inocuos que querían sus detractores. Si no fuera más que por la atención solicitada sobre el texto, habría que admitir en el estructuralismo la presencia y la función de los hitos que contribuyen a datar a la serie, a establecer un antes y un después de las líneas divisorias incisivas. En este sentido, la observación de que la crítica de *Contorno* pertenece al mismo bloque que la crítica de Ricardo Rojas, es una observación que hubiéramos recibido con extrañeza, para decir lo menos, en los años cincuenta. Ahora se recorta, se ubica en el espacio, se reconcilia.

Pero estas necesarias revisiones del lenguaje, estos nuevos énfasis, ni agotaron ni clausuraron el propio campo de trabajo de "la nouvelle critique", ni impidieron, desde luego, el desarrollo de otras propuestas, en otros lugares. La historia no tardó en reclamar su lugar en algunas de las prominentes figuras del primer estructuralismo, y a la idea de la inserción y de la función social del texto no le han faltado persuasivos expositores en los últimos años. En la línea que caracterizó a los colaboradores de *Contorno* no podrá reiterarse, tal vez, el perfil de tesis,

HISPAMERICA

Director
Saúl Sosnowski

Suscripciones a *Hispanérica*, revista de literatura, tres números por año:

Individuales: u\$s 12.00

Bibliotecas: u\$s 18.00

Patrocinadores: u\$s 25.00 (sus nombres son mencionados en la revista)

TENEMOS
NUMEROS ATRASADOS

Dirección:
5 Pueblo Court/Gaithersburg, MD 20760, USA

la actitud proselitista, el contrapunto moral. Pero en esa misma línea, nada podrá impedir al crítico despejar el camino entre el texto único y la audiencia plural, entre el trabajo de escritura y las marcas de un entorno social atravesado por la historia.

3. El nacionalismo literario de los años veinte, tal como lo expusieron Borges, Marechal, Scalabrini Ortiz o Xul Solar, fue una variante residual del agudo conflicto en que se conformaron las etapas iniciales de la Argentina moderna. Desde 1880 hasta el estallido de la primera guerra mundial, aproximadamente, el largo proceso de asimilación de los millones de inmigrantes llegados al país y el de la reubicación de la población nativa en nuevas áreas de concentración demográfica, fue alimentado por una previsible crisis de identidad, por una desordenada, compulsiva y a menudo violenta cristalización del sentimiento de pertenencia a un orden social determinado por la idea de nación.

La literatura fue un instrumento esencial de ese fenómeno de cristalización porque la literatura contó, por primera vez, con el público masivo de lectores que aportaron las intensivas campañas de alfabetización emprendidas desde poco antes

del 80. En la literatura que vino a satisfacer las demandas de este nuevo público (toda la serie de Gutiérrez y sus innumerables epígonos), una constelación temática y expresiva que gustaba denominarse "criollista", no apuntaba sino a satisfacer, a confirmar el sentimiento de pertenencia al país, a proveer las formas vicarias de identificación en una sociedad que vivía ante la amenaza cotidiana de perderla.

La élite nativa se dividió primero entre su tradicional actitud de apego al modelo cultural europeo, hostilmente desdeñosa de cualquier intento de expresión vernácula, y la tendencia a favorecer ciertas líneas de una literatura "nativista", siempre y cuando la misma fuera tamizada por el decoro lingüístico, la moralina y las vinculaciones con el viejo tronco hispánico. Pero a comienzos de este siglo, cuando la marea populista amenaza el orden establecido, y los signos del criollismo aparecen infiltrados por los signos de las reivindicaciones gremiales y los ominosos anuncios del anarquismo, la élite nativa modifica su posición. No abandona, desde luego, sus hábitos mentales ni sus gustos, pero con el apoyo decidido de los intelectuales provenientes de la izquierda del libera-

lismo reformista, acomete, sin declararlo nunca explícitamente, una verdadera campaña de disciplina social. En uno de sus frentes, esta campaña procuró tanto la condena total de toda forma de criollismo populista, como la absorción de alguno de sus símbolos en los productos regulares de la cultura letrada. El nacionalismo, el primero de todos. Cané, Ernesto Quesada, Florencio Sánchez, Payró, Lugones, son algunos de los nombres que protagonizaron esa denodada campaña. *La gringa*, *Las divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira* y *El payador*, algunas de sus más notorias representaciones.

Hacia la segunda década del siglo, la evidente estabilización del proceso de integración social facilitó y confirmó el éxito de la reacción de la cultura letrada hasta el punto de dejar apenas rastros de la existencia material de la literatura popular de signo criollista. Pero en ese éxito y en esa retirada, en el final de un largo conflicto de cuya resolución surgía el rostro de la Argentina moderna, la apelación al recurso nacionalista pareció una apelación internalizada en todo el cuerpo social, e internalizada con un vigor destinado a asegurarle una larga supervivencia y con una amplitud de registro suficiente como para cubrir los mínimos requerimientos de la vida colectiva.

En este contexto se produce la inserción del grupo de escritores anteriormente mencionados. Seducidos al mismo tiempo por las novedades de la vanguardia europea y por las reliquias de la primera literatura de masas de la Argentina. Lanzados casi jubilosamente al reconocimiento de la doble vertiente cosmopolitismo-nacionalismo, pero buscando, curiosamente, disolverla por la conjunción de sus líneas extremas. La experiencia implicaba una obvia experiencia de ruptura con los mayores, con los nombres y los esquemas consagrados de la Argentina oficial; pero implicaba también, más allá del punto de ruptura, la decisión de retomar el doble movimiento que venía del pasado para legitimarlo en el presente, con los signos que el presente parecía ofrecer como nuevos. Cada uno de los integrantes del grupo interpretó esos signos de diversa manera, y el recurso al nacionalismo pudo ser tanto profecía mesiánica, color local o efusión estetizante. Pero nadie quiso eximirse de esa apelación. Ni siquiera Borges. O, sobre todo, Borges.



La práctica sociológica en el mundo contemporáneo

Jorge Balán

La crisis de la sociología plantea interrogantes teóricos y prácticos: cuál es el tipo de sociedad que se postula como modelo y qué lugar ocupará el oficio de sociólogo en ella; por otra parte, cuál es la audiencia del discurso sociológico: ¿el estado, la sociedad civil, los políticos?; finalmente, cómo pensar la relación entre práctica científica y actividad intelectual. Una de las respuestas que aquí se diseña opta por la interlocución extendida a sectores amplios de la población, sobre problemas básicos cuyo tratamiento presuponga, al mismo tiempo, la autonomía del investigador.

La crisis actual de la sociología y de las ciencias sociales en general se presenta simultáneamente en términos estructurales y teóricos. En el nivel estructural, dicha crisis se refiere a la posición que ocupa la sociología como actividad científica institucionalizada dentro de la sociedad. Esta posición, que parecía en un proceso de afianzamiento continuo y de legitimización creciente a fines de la década de 1960, es ahora cuestionada en casi todos los países capitalistas occidentales, incluyendo a su periferia. El grado de cuestionamiento, por supuesto, varía de caso a caso, pero es indudable que existe en forma generalizada y que tiene bases estructurales, es decir, está anclado en la crisis más amplia que sufren los sistemas de dominación en muchos países. En el nivel teórico, la crisis a la que nos referimos puede ser visualizada en términos de la debilidad de los paradigmas dominantes dentro de las ciencias sociales, o mejor dicho, de la dificultad que tienen dichos paradigmas para dominar efectivamente el panorama de la actividad científica en los campos correspondientes. Esta crisis implica un

cuestionamiento agudo dentro de las disciplinas. El nivel de disenso sobre los elementos fundamentales de las disciplinas es alto; los campos de análisis y objetos de estudio, las metodologías más globales para acercarse a ellos, la validez de las distintas técnicas de investigación, los cuerpos teóricos explicativos, etc., todos están en cuestión.

Aquí quiero ocuparme del primer nivel mencionado, la crisis estructural. Mi punto de partida, es el siguiente: el cuestionamiento estructural de las ciencias sociales se centra en su utilidad en sociedades capitalistas donde la intervención del Estado, legitimada en varios niveles desde la posguerra hasta los años 60, ha sido objeto de críticas y ataques cada vez más generalizados. El debate sobre las formas alternativas de concebir la utilidad de la sociología, refleja las bases inseguras en las cuales la sociología se encuentra actualmente asentada dentro de la sociedad. El apoyo en el aparato del Estado, especialmente en lo que se ha dado en llamar los mecanismos del Estado Benefactor (la seguridad social, la provisión de servicios de educación y salud, los programas contra la pobreza, etc.), resulta endeble porque dichos mecanismos en sí son cuestionados. El apoyo en los diversos

sectores de la sociedad civil, por otra parte, no puede ser buscado sobre las mismas bases de la aplicación del conocimiento sociológico. La exigencia de estos sectores es más global: ellos nos piden concepciones del mundo, explicaciones de cómo funciona el todo, es decir, ideologías. Ello exige, en mi opinión, una revisión de los vínculos estructurales entre sociología y sociedad, una reformulación de los sociólogos como actores sociales. Dedicaré el resto de mi presentación a una exposición de estos dos puntos: en primer lugar, el cambio en el apoyo institucional de la sociología dado por las transformaciones del Estado, y en segundo lugar, la necesidad de construir nuevos puentes entre la actividad sociológica y la sociedad civil.

La sociología fue siempre vista por los sociólogos como una ciencia de gran utilidad práctica. Sin embargo, esta visión rara vez fue compartida por otros actores sociales. Cabe recordar que sólo durante la Segunda Guerra Mundial y en Estados Unidos la utilidad de la sociología ganó aceptación amplia sobre la base de su capacidad para manipular información e intervenir en la sociedad. Desde entonces los usos de la sociología se expandieron en dicho país, en Europa Occidental y en el resto del mundo capitalista, y más recientemente en el mundo socialista. La institucionalización de la sociología en los sistemas universitarios del mundo contemporáneo se aceleró a partir de esa fecha y respondió, al menos parcialmente, al uso efectivo de sus productos: profesionales entrenados para manipular eficientemente información sobre la sociedad y asistir en la tarea de intervenir en ella.

Sería erróneo pensar que este cambio, la aceleración del proceso de institucionalización de la sociología en función de la mayor utilidad que se dio a sus productos, fue sólo consecuencia de la maduración interna de la disciplina. Tanto o más importante fue la difusión generalizada en occidente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, de la idea que la intervención racional en los asuntos sociales es posible y deseable como mecanismo para acelerar el cambio social y promover el bienestar. Dicha intervención, según la misma concepción, pasó a ser una

Estas notas fueron elaboradas para su presentación en la sesión inaugural del X Congreso Mundial de Sociología (México, 16-21 de agosto de 1982), y son respuesta al discurso presidencial del Prof. Ulf Himmelstrand.



actividad legítima y difusa del estado en relación con la sociedad. La expansión del aparato estatal necesario para llevar a cabo estas nuevas funciones es conocida en distintos países con nombres diversos: Welfare State, Etat Providence, Wohlfahrtsstaat, Estado Benefactor, etc. Aunque los orígenes y formas de expansión de dicho aparato difieran de un país a otro, las metas explícitas son bastante semejantes: reducir la incertidumbre frente a los riesgos que enfrentan individuos y familias y redefinir la concepción del ciudadano como sujeto con derecho a cierto número mínimo de bienestar y a la asistencia necesaria para lograrlo. La principal innovación que introdujo el Estado Benefactor en la estructura de dominación social es la idea que el estado puede operar como mecanismo de solidaridad social, representando a la sociedad en la reducción de la incertidumbre y definiendo a la ciudadanía como el derecho al bienestar individual. Al hacerlo, reemplazó a mecanismos más o menos antiguos basados en la comunidad, el grupo ocupacional, el grupo étnico, la familia y el parentesco. Para llevar a cabo estos fines, el estado construyó un aparato relativamente grande y complejo para la provisión de servicios que, independientemente de los orígenes diversos que encontró en países con tradiciones e instituciones gu-

bernamentales diferentes, tendió a la centralización y la burocratización. Dicho aparato se convirtió en el principal consumidor de los productos de las ciencias sociales y en el principal empleador de científicos sociales fuera del medio académico y universitario, mientras que la expansión de la sociología en la universidad fue justificada en gran medida sobre la base de las demandas efectivas del estado.

El crecimiento del Estado Benefactor fue acompañado histórica y funcionalmente por el surgimiento de nuevos mecanismos de control macroeconómico de las crisis del capitalismo, mecanismos inmersos en el paradigma keynesiano. Los efectos de la expansión del empleo y gasto públicos implicados por la política de bienestar son, dentro de dicho paradigma, factores importantes en el control de las crisis cíclicas. Tanto uno como otro resultaron congruentes con las ideas de compromiso social entre estado, capital y clase obrera desarrollados dentro de la social-democracia. Esta vinculación relativamente clara, aunque no exenta de contradicciones, entre el paradigma keynesiano en economía, la formulación del Estado Benefactor y su aparato de prestación de servicios, y la ideología política socialdemócrata, no encontró un paralelo evidente

en la sociología. Ello probablemente se deba a la menor articulación interna de la teoría sociológica, en comparación con la teoría económica. Sin embargo, la operación concreta del Estado Benefactor y de los mecanismos de concertación social se nutrieron en forma masiva de contenidos provistos por la sociología contemporánea.

En efecto, la sociología ofreció particularmente dos asistencias importantes a la operación del Estado Benefactor. Una de ellas consistió en un estilo de investigación aplicada. Dicho estilo se caracterizó por la utilización de técnicas cuantitativas, la adopción de modelos causales cerrados y ahistóricos, en los cuales un número limitado de variables aislables es utilizado para explicar la variación en una variable dependiente, y por sobre todo la tentativa de manipular analíticamente sólo aquellas variables que, dentro de una cierta estructura de poder, fuera posible modificar. La otra contribución de la sociología fue mucho más difusa y consistió en la legitimación de la acción del estado en favor de la persecución de ciertos valores, como la erradicación de la pobreza, la igualdad de oportunidades, la extensión de la ciudadanía, etc. Esta segunda contribución, aunque permeó la teoría sociológica especialmente en lo que se refiere a las concepciones de la sociedad industrial contemporánea y fue incorporada en los textos universitarios, sólo ocasionalmente resultó de la investigación empírica realizada en el estilo antes descripto.

Estos mecanismos de intervención estatal en la sociedad y la economía fueron adoptados también en la periferia del mundo capitalista, en los llamados países subdesarrollados. Es cierto que en dichos países, como regla general, las políticas de bienestar tuvieron una aplicación restringida a grupos privilegiados de la población, como ser, la clase obrera urbana; también es cierto que el control político y económico de la producción se vio a menudo limitado por el tamaño del llamado sector informal. Pero en los años de la posguerra se generalizó en ellos un Estado Promotor a partir de las demandas surgidas por el reordenamiento de la política y economía mundiales. La reestructuración del mercado



internacional, por una parte, y la acción de organismos internacionales y programas de asistencia de distinta naturaleza, por la otra, impusieron demandas muy concretas a los estados nacionales en el Tercer Mundo. Estos fueron los años de los planes de desarrollo, enmarcados por la asistencia técnica y las agencias de financiación externa tanto como por las nuevas demandas políticas surgidas del proceso de urbanización e industrialización. De la mano de estas nuevas presiones externas e internas, a partir de la reorganización de la economía internacional y de la recomposición de las economías nacionales, se desarrollaron funciones político-administrativas nuevas con fuerte participación de científicos sociales.

En realidad, el caso de los llamados países subdesarrollados es particularmente interesante porque tanto la reformulación del papel del estado en Estado Promotor como el fortalecimiento de las ciencias sociales modernas formaron parte de "paquetes ideológicos" para el cambio social. Dichos paquetes, con variaciones importantes, tenían en co-

mún la fe en las bondades de la planificación del desarrollo, incluyendo en ella el entrenamiento de personal que el mismo desarrollo necesitaría. Los científicos sociales participaron en la elaboración de dichos paquetes y en los planes específicos en el área de la educación. En América Latina, por ejemplo, la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), fundada en 1948, se convirtió desde sus inicios en un centro regional de importancia para la formulación de planes de desarrollo; en él tuvieron un papel preponderante economistas y otros científicos sociales de la región. La expansión e institucionalización de la sociología en América Latina durante las décadas de 1950 y 1960 resultaron en buena medida de la convicción que las reformas básicas que se deseaba introducir en la sociedad implicaban una acción estatal vehiculizada, entre otros, por profesionales entrenados en las nuevas ciencias sociales. Las ciencias sociales se convirtieron tanto en un instrumento como en un símbolo del proceso de desarrollo.

Hoy es posible ver a todo el período

desde la posguerra hasta fines de la década de 1960, en los países capitalistas centrales y en su periferia, como un pasado más o menos remoto en el cual, a pesar de contradicciones evidentes, las cosas estaban bastante claras. El ataque al reformismo, tanto en lo que hace a las funciones del estado como en su cristalización dentro de las ciencias sociales, provino de distintas fuentes. Los sucesos de 1968 y la guerra de Vietnam introdujeron una brecha ideológica generacional muy importante en casi todo occidente.

Pero quizás el ataque más devastador fue lanzado en la década posterior, cuando se volvió evidente la crisis del Estado Benefactor en Europa y los Estados Unidos y muchos regímenes reformistas del Tercer Mundo fueron sucedidos por regímenes autoritarios. Existe hoy una evidente falta de confianza entre las clases dominantes acerca de la habilidad del estado para implementar cambios sociales y especialmente para ejercer el control social por medios no violentos sobre las "clases peligrosas". No se trata sólo, como a veces aparenta, de una crítica al tamaño del estado, a sus costos e ine-

ficiencia, o a su intervención en los ámbitos privados de la vida ciudadana. Lo que se pone en duda es la noción básica de la igualdad social como una meta y del estado como mecanismo para lograrla. Se habla de la crisis urbana, de la burocratización de los sistemas de seguridad social, del déficit fiscal del estado, al mismo tiempo que se exige el retorno a una mítica sociedad de mercados y desregularización de la economía. Más profundamente la ideología neoconservadora pone en cuestión la racionalidad de la planificación, utilizando los mecanismos más coercitivos del estado para precisamente reestablecer —cuando el poder político se lo permite— un "orden natural" que surge de la sociedad. Dicha ideología, como se ha afirmado recientemente, elabora teorías sociales que reducen la vida social a sistemas de interacción entre individuos aislados y excluyen del análisis a todo aquello que normalmente constituye el objeto de estudio de la sociología: las instituciones, las formas de la coerción social, las identidades de clase, etc.

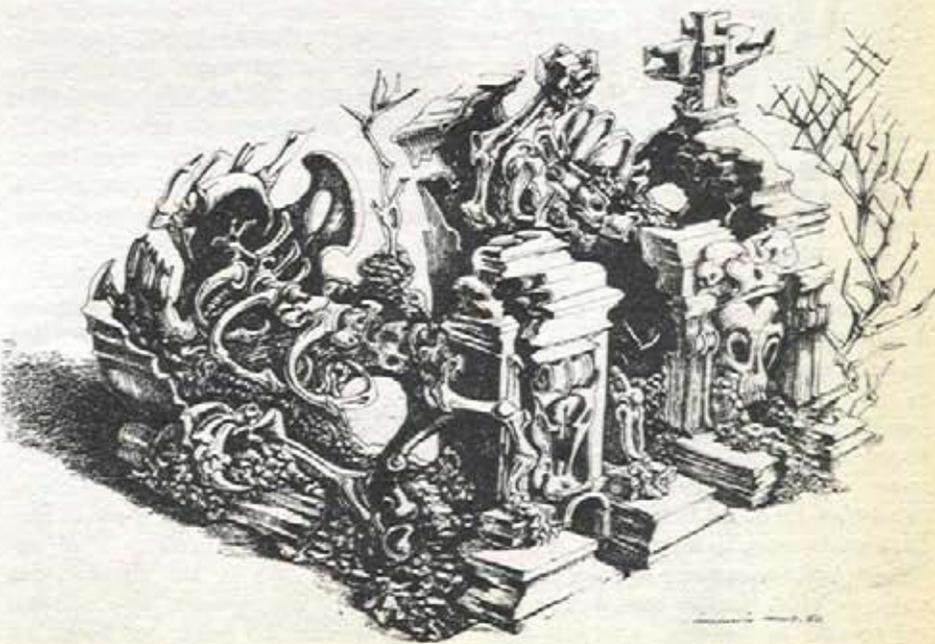
La crisis actual de las ciencias sociales, la desilusión con su capacidad para operar instrumentalmente en procesos de reforma social, está enmarcada dentro de la crisis más amplia del Estado Benefactor como agente activo en la regulación del conflicto social. Una defensa puramente instrumental del rol de la sociología frente a la crisis de confianza sobre su posición en las sociedades occidentales está destinada al fracaso. Ello se debe a las limitaciones inherentes al estilo de contribución que se defiende: la manipulación de cierto aspecto de la realidad, cuando resulta evidente que las variables más relevantes quedan fuera del control de los agentes de cambio, especialmente en sociedades democráticas. Los agentes mismos no parecen interesarse por este enfoque y, por lo contrario, exigen cada vez más concepciones del mundo que logren explicar coherentemente aspectos de la realidad, aunque no puedan ofrecer posibilidades directas de manipulación. La sociología debe ofrecer ideología, si es posible, buena ideología. En un nivel muy global, esta tarea surge en buena medida del vacío dejado por la creciente irrele-

vancia de la teoría de las fuerzas del mercado, es decir, la economía neoclásica, para las necesidades teóricas y prácticas de la actualidad. Este punto es sin duda debatible: tanto la teoría económica de la llamada escuela de Chicago, inspirada por Milton Friedman, como las teorías libertarias que buscan atomizar a la sociedad civil convirtiéndola en un mercado apolítico, como en los trabajos de Buchanan y Hayek, se han vuelto muy populares en algunas capitales occidentales como Washington, Londres y Santiago. Sin embargo, dicha demanda existe, pero sobre todo desde la sociedad civil, más que desde el estado y los círculos ligados a él.

En una revisión reciente de la contribución de las ciencias sociales para las políticas públicas en el Tercer Mundo, que los autores consideran muy exitosa, se señalan tres consecuencias negativas de la preocupación por la relevancia para dichas políticas. Ellas son, primero,

la erosión de los estándares de calidad en la investigación, dada la forma en que los resultados son evaluados. Segundo, la preocupación por problemas concretos de corto plazo que desvía la atención de problemas sociales más profundos. Y tercero, la atrofia de las funciones críticas del trabajo intelectual. Estas consecuencias negativas, en mi opinión, son particularmente agudas cuando el Estado, directa o indirectamente, asume un papel de comprador monopsonico de la producción de las ciencias sociales, lo que suele ocurrir en países del Tercer Mundo caracterizados por la debilidad de la sociedad civil. Sin embargo, aún sin tocar el mismo extremo, puede encontrarse situaciones comparables en países centrales donde la vida académica universitaria, supuestamente, goza de mayor autonomía con respecto al estado.

El eje del problema, en mi opinión, es que la autonomía y, por lo tanto, las condiciones esenciales para tender a evitar los problemas señalados, sólo pueden





resultar de un fortalecimiento de las relaciones de las ciencias sociales con la sociedad civil, particularmente en la lucha por mantener abierto el apoyo financiero del estado para la investigación básica. Dicha lucha, como se ha mostrado fehacientemente en la experiencia de los últimos años, demanda un mayor reconocimiento por parte de diversos grupos en la sociedad civil—incluyendo la comunidad académica científica en general—de la necesidad de mantener la investigación social básica con autonomía profesional.

En otras palabras, pienso que es preciso realizar un giro de 180 grados en la presentación que los sociólogos y otros científicos sociales hacemos de las contribuciones “útiles” de los productos de nuestra profesión frente a la sociedad civil. Más que continuar señalando nuestra capacidad técnica para ayudar en la resolución de problemas concretos, que sólo son síntomas de problemas mayores de difícil resolución política, debemos presentarnos como capaces de realizar diagnósticos aproximados pero convincentes de estos problemas mayores, aunque resulte difícil fundamentar dichos diagnósticos con la misma base técnica con que nos acercamos a aquellos problemas concretos. Nuestra contribución, en este sentido, es “pública” y no está comprometida con una audiencia particular constituida por la elite del poder o sus

estamentos tecnocráticos que efectivamente pueden llevar a cabo políticas más o menos ilustradas. En nuestra audiencia figuran tanto élites alternativas y, en una sociedad de públicos, grupos muy amplios de la población. La autonomía del investigador es más defendible en la búsqueda del debate amplio que en el sostén provisto por la tecnocracia estatal, en la investigación “básica” de problemas relevantes que en la investigación “aplicada” de pseudo-problemas. Esta postura también significa una reconsideración de las bases institucionales de la actividad académica, que hemos visto casi exclusivamente ligada a la universidad moderna. En ellas encontraremos perfilado el dilema entre la actividad académica-profesional y la actividad intelectual.

La reformulación de las relaciones entre sociología y sociedad civil, inclusive los cambios en las bases institucionales dentro de las que operamos los sociólogos, presentan un gran desafío. Este es en primer lugar político, ya que implica un intento de legitimización de la sociología sobre las bases nuevas y con el apoyo de asociaciones, partidos y el público, incluyendo a las comunidades científicas e intelectuales. Este intento, en mi opinión, no puede ser hecho en nombre de una profesión abstracta, escondida detrás de los preceptos cientí-

ficos de la neutralidad valorativa. Una postura comprometida es ineludible y de allí que el desafío sea eminentemente político. Pero, en segundo lugar, aunque de no menor importancia, el desafío es también teórico: ¿en qué concepción de la sociedad contemporánea se ubica el nuevo papel que la sociología u otras ciencias sociales desean ocupar? Desde la derecha política, el esfuerzo teórico dentro de las ciencias sociales se ha volcado a demostrar la dispensabilidad del Estado, ya sea en nombre de la libertad individual o de la eficiencia social. La actual crisis del Estado ha sido acompañada de una renovación notable en el pensamiento de la derecha, que ha resultado en las corrientes de los llamados “nuevos contractualistas” en filosofía política, sociología y economía. Desde la izquierda, me atrevería a decir, la renovación ha sido menor y ha mostrado una dificultad seria de interpretación de la indispensabilidad del estado, con su complejo aparato económico, en la dominación burguesa. Ha predominado una visión excesivamente funcionalista de dicho aparato y del papel de los intelectuales y los científicos sociales. El desarrollo teórico indispensable sobre el papel de estas fuerzas y sobre la naturaleza de la política en esta nueva fase histórica, desarrollo del cual se derivaría una re colocación del papel de los intelectuales, no ha aún cristalizado.

Los sectores populares y el derecho al espacio urbano

Oscar Oszlak

No hay neutralidad social en el espacio urbano: los planes para Buenos Aires, elaborados en el curso de estos seis años, fantasearon una ciudad 'blanca', cuyos habitantes debían merecer el derecho a vivir en ella. Se describen acá tanto las estrategias gubernamentales para alcanzar este objetivo, como las razones políticas e ideológicas que las sustentaron: segregación geográfica y ecológica, cuyas víctimas fueron sectores marginados y populares.

¿Una revolución desde arriba?

En muchos sentidos, los cambios producidos en la sociedad argentina durante los últimos años configuran una verdadera revolución social. Si se quiere, una revolución "desde arriba", al estilo bismarckiano, aunque fundada sobre una alianza social y objetivos políticos obviamente diferentes. Revolución, entendida en su clásico sentido de profunda reconstitución de la estructura social, aunque sin sus connotaciones populares asociadas a los intereses, las reivindicaciones y la acción de las clases subordinadas. Una revolución, por el contrario, destinada a "poner las cosas en su lugar", a "corregir los vicios del pasado", posibles solamente por las decisiones o no-decisiones de gobiernos débiles, sometidos en exceso a las alternativas de la lucha social. Una revolución que implica, como en el primitivo significado político del término, el retorno a un punto prefijado, a un cierto orden preestablecido. Orden quizás nunca impuesto en el pasado aun cuando, mitificado, pueda asociarse a una etapa del desarrollo del país que ciertos círculos continúan reverenciando como modelo histórico.

El golpe militar que el 24 de marzo de 1976 desplazó al gobierno justicialista del poder, no pareció diferenciarse en un comienzo de similares experiencias

que la Argentina, y otros países de la región, habían sufrido en décadas recientes. Sin embargo, sus limitados objetivos iniciales, recogidos en las declaraciones públicas de la Junta Militar, pronto fueron dando paso a decisiones y proyectos que suponían la reactualización de ciertas cuestiones sociales que parecían sepultadas o "resueltas" para siempre. Cuestiones que en el pasado, sea por la insuficiente capacidad extractiva del estado, el peso político de ciertos sectores económicos o la amenaza de graves conflictos sociales, habían sido desplazadas de la agenda de cuestiones socialmente vigentes, y cubiertas por un manto de calculado olvido.

De pronto, ciertos temas adquirieron nueva actualidad y los designios implícitos en su planteamiento revelaron la intención de producir una profunda recomposición de la sociedad argentina. Algunos eran previsibles, en virtud de la propia situación contextual que había precipitado la intervención militar: subversión armada, caos político, desquicio económico, enfrentamientos sociales. No pareció pues extraño que la actividad política fuera suspendida, los gremios intervenidos, la lucha antisubversiva intensificada, la estabilización económica intentada y las manifestaciones populares reprimidas.

Sin embargo, junto con estas espera-

das expresiones de una política oficial comprometida con la restauración del orden y la normalización de los patrones de acumulación de capital, fueron surgiendo iniciativas y proyectos que colocaban en el centro de la atención pública otros temas que no por menos esperados resultaban menos relevantes, y que en su formulación cuestionaban ciertos principios de justicia distributiva prevalecientes en la sociedad argentina desde larga data. Así, el país asistió no sin asombro a la adopción de políticas que parecían conmovir arraigadas prácticas sociales, y que en la proyección de sus impactos auguraban la materialización de un proyecto de sociedad muy diferente.

Este trabajo intenta precisamente una reflexión sobre algunas de estas políticas, adoptadas por diversas instancias decisorias del régimen militar. Las mismas pueden ser observadas como intentos de revertir ciertos desajustes entre la estructura social y la estructura de ocupación del espacio urbano, atribuidos por el régimen a la demagogia o la imprevisión política de pasados gobiernos. La liberación de los alquileres, el nuevo Código de Edificación para la Capital Federal, la erradicación de villas de emergencia, las expropiaciones por construcción de autopistas y recuperación de espacios verdes (cinturón ecológico) y la relocalización industrial, fueron las principales medidas dispuestas por el gobierno militar que, de uno u otro modo, tendieron a producir un desplazamiento espacial de los sectores populares residentes en el área metropolitana, en un sentido centrífugo respecto de las zonas urbanas más privilegiadas: encareciendo el valor de las locaciones (régimen de locaciones urbanas); reduciendo la oferta de unidades de vivienda y/o aumentando su precio (código de edificación; expropiaciones); expulsando a villeros (erradicación de villas); o trasladando la fuente de trabajo de obreros industriales (relocalización industrial, cinturón ecológico).

La adopción de estas políticas puso crudamente de manifiesto la vigencia, a nivel de las distintas instancias de decisión del estado, de una nueva concepción sobre la jerarquía del espacio urba-

no, la función de la ciudad y el lugar que debían ocupar en ella los sectores populares. En otras palabras, una coherente concepción sobre el derecho al espacio urbano.

El derecho al espacio urbano

Al emplear este concepto, estoy aludiendo a la capacidad de fijar el lugar de residencia o de localización de la actividad económica dentro del espacio, capacidad que puede extenderse a la disposición unilateral de los bienes que lo ocupan o a la participación en la decisión sobre obras de infraestructura y servicios colectivos en espacios públicos o privados adyacentes. La propiedad de una vivienda o una fábrica serían ejemplos de la primera situación. La locación de una vivienda por parte del propietario, o el cambio de su destino, ilustrarían una primera forma de extensión de ese derecho. La posibilidad de que residentes de una zona influyan sobre la decisión de cierre de un establecimiento industrial contaminante o de construcción (o no) de una obra pública cuya realización afecta sus residencias, serían ejemplos de otra forma de extensión de dicho derecho sobre el uso y destino del espacio.

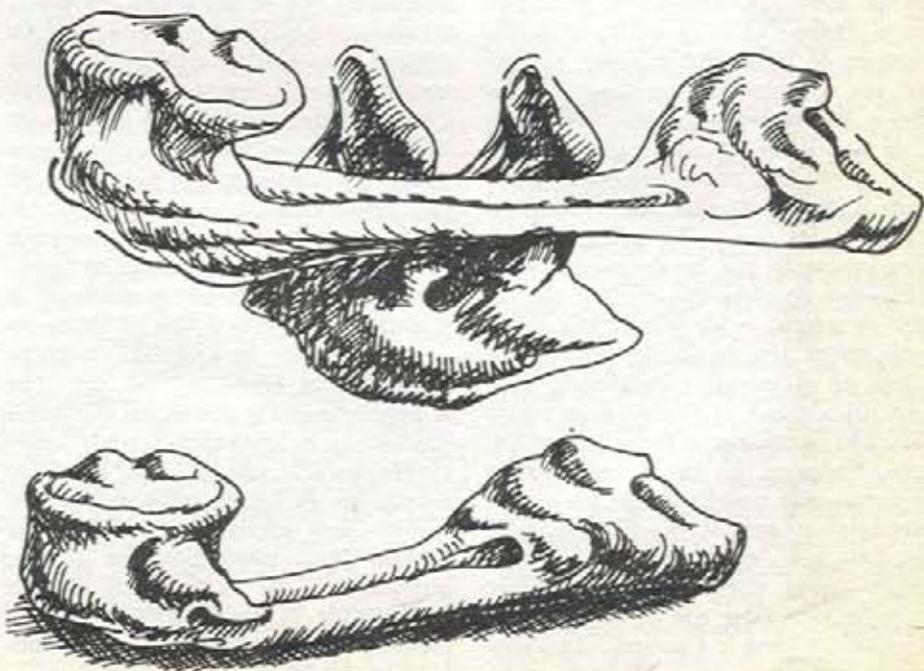
Acceder a este derecho, sin embargo, no requiere necesariamente gozar de la condición de propietario. La propiedad privada es sin duda el título que acuerda máximo derecho, pero no es el único. Desde una postura estrictamente jurídica, podríamos reconocer una serie de figuras, previstas por los códigos civil y comercial, que establecen diversas modalidades de acceso a bienes espacialmente inscriptos (v.g. comodato, usufructo, tenencia precaria, locación, depósito). No es esta la perspectiva desde la que propongo observar el problema. A los efectos de este análisis, basta señalar que la posibilidad de ejercer el derecho al espacio —denominación abreviada que utilizaré en adelante— reconoce una gradiente que va desde la propiedad hasta la ocupación ilegal amparada o tolerada por el estado, pasando por una serie de situaciones intermedias en las que dicho derecho sufre limitaciones

temporales, contractuales o de otra índole. Esto plantea, desde ya, una primera distinción entre sectores de la población con diferentes "títulos" para el ejercicio del derecho al espacio, que no se agota en la dicotomía propietarios-no propietarios.

En un sentido inmediato, el dominio ejercido sobre el espacio urbano posibilita el usufructo de los bienes implantados sobre el mismo (v.g. vivienda, industria). Sin embargo, el derecho ejercido permite además el acceso a un sinnúmero de otros bienes y servicios, en virtud de la relación espacial entre éstos y el lugar de residencia o actividad. En otras palabras, el derecho al espacio conlleva diversas externalidades estrechamente ligadas a la localización de la vivienda o la infraestructura económica, tales como la educación, la recreación, la fuente de trabajo, la atención de la salud, el transporte o los servicios públicos. En la medida en que estos bienes y servicios tengan una distribución "geográfica" desigual, las posibilidades de acceso a los mismos según lugar de residencia o actividad variarán correspondientemente. Por

lo tanto, el derecho al espacio debe entenderse, *lato sensu*, como un derecho al goce de las oportunidades sociales y económicas asociadas a la localización de la vivienda o actividad. Perder o sufrir la restricción de ese derecho puede suponer, además del eventual desarraigo físico, el deterioro de las condiciones de vida material en cada uno de los planos en que existían externalidades vinculadas con la localización espacial. Esto marca, entonces, una segunda distinción: el derecho al espacio se ejerce sobre bienes desigualmente situados respecto del acceso a oportunidades económicas o a la satisfacción de necesidades de la vida material.

Naturalmente, las diferentes posibilidades que ofrecen localizaciones distintas, determinan una valorización diferencial del espacio urbano. A diferencia de las tierras rurales, cuyo valor está determinado fundamentalmente por sus cualidades intrínsecas (v.g. tipo y volumen de producción obtenible) o por su distancia respecto a los mercados, la tierra urbana adquiere valor en función de su acceso a oportunidades económicas



y al goce o disposición de ciertos bienes y servicios. Por lo tanto, en los procesos de urbanización se verifica una tendencia general a la ocupación —y más rápida valorización— de aquellas tierras cuya localización resulta más privilegiada en los términos analizados. Y una vez ocupado un determinado espacio, la demanda futura se desplaza hacia las zonas adyacentes que conforman su periferia.

En este desplazamiento, que va extendiendo el radio urbano, la ocupación del espacio no va acompañada normalmente por un correspondiente desarrollo de la infraestructura urbana. Ello es particularmente notorio en las megalópolis latinoamericanas, donde la extensión del equipamiento y los servicios crece a un ritmo muy inferior al de suburbanización. Exceptuando ciertas "islas" residenciales ubicadas generalmente en el primer anillo suburbano, a medida que se avanza desde el núcleo central hacia la periferia del área metropolitana de estas grandes urbes, el equipamiento y la infraestructura de servicios resultan más precarios o, simplemente, no existen. En las áreas más marginales —aunque no ne-

cesariamente a gran distancia del núcleo central— no existen redes de distribución de agua corriente, y la que se obtiene es escasa o se halla contaminada. No existen tampoco cloacas, desagües o pavimentos. A veces ni siquiera luz eléctrica, siendo una práctica difundida el "enganche" a la red pública. El gas, cuando puede ser transportado, se obtiene sólo en garrafas. Los residuos se queman a "cielo abierto" y donde existe recolección, el servicio es habitualmente contratado privadamente por los propios vecinos. No existen hospitales cercanos y las escasas escuelas distribuyen sus atestadas aulas en tres, y hasta cuatro, turnos. El alumbrado público es deficiente y la vigilancia policial casi nula. El transporte al centro de la metrópoli —lugar de trabajo habitual de esa población— es oneroso, insueme un tiempo excesivo y se efectúa en condiciones infrahumanas. Naturalmente, el "paisaje" urbano en esas zonas acusa la presencia de construcciones precarias, industrias contaminantes, barro, basura y aguas servidas; y la ausencia de espacios verdes, de caminos transitables, de planificación urbana. Vivir —o sobrevivir—

se convierte en una fatigosa rutina. Obtener agua, hacer fuego, respirar aire puro, conservar la salud, viajar, educarse, gozar del tiempo libre, procurarse, en fin, aquellos elementos de la existencia cotidiana que definen la tan mentada "calidad de vida", pierden aquí la automaticidad o "naturalidad" que es propia de los mismos en las áreas urbanas más privilegiadas.

La estructura de ocupación del espacio tiende así a reproducir y yuxtaponerse a la estructura social. Los sectores sociales de mayores ingresos y riqueza ocupan, en la distribución espacial, las zonas más privilegiadas en términos de localización y acceso a servicios, en tanto que las clases populares se concentran en las zonas urbanizadas más marginales. Aunque este hecho es por demás evidente —y su observación resulta casi tautológica al discriminar los atributos que distinguen a una clase social—, su misma evidencia puede ocultar otro hecho mucho más significativo: que ese patrón de distribución es el resultado de una lucha permanente por el derecho al espacio urbano, que ofrece alternativas variadas y que se resuelve



—casi nunca definitivamente— a través de múltiples y contradictorias tomas de posición por parte de los actores involucrados.

La lucha por el espacio

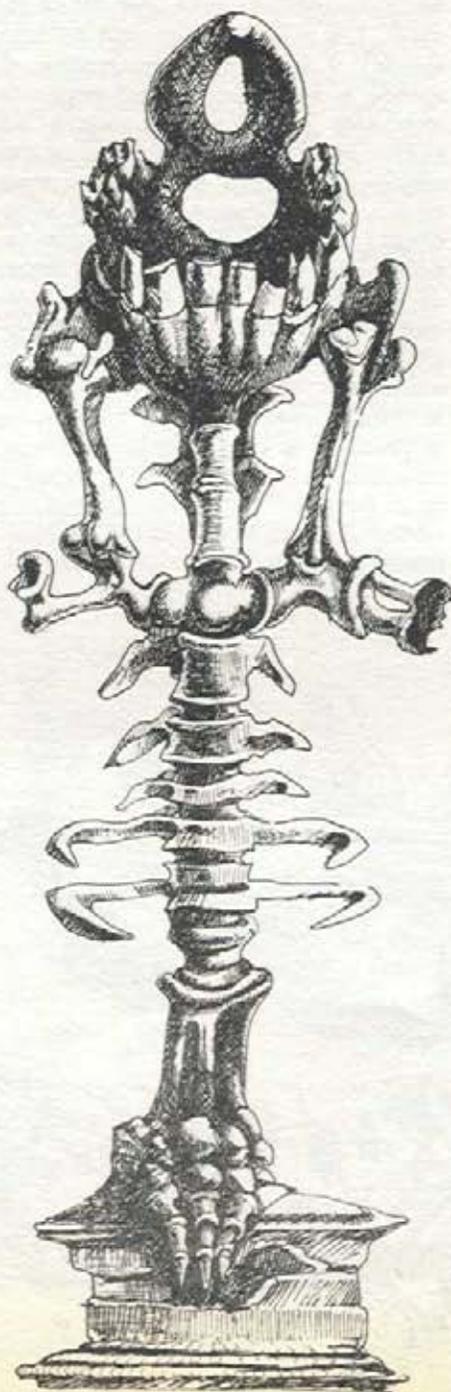
En las grandes urbes norteamericanas y europeas, el desarrollo en la periferia de una infraestructura urbana y medios de comunicación adecuados con el núcleo central, favoreció y promovió el proceso de suburbanización entre los sectores de altos ingresos, que hallaron así una respuesta al deterioro —pero especialmente, a la “popularización”— de la ciudad. En el caso de Buenos Aires, la estructuración urbana se apartó del patrón “clásico”. El anillo de residentes blancos y opulentos rodeando, a lo largo del área suburbana, un núcleo habitado por minorías pobres y marginales, no llegó a formarse en la metrópoli porteña. Por el contrario, el patrón predominante tendió a concentrar a los pobres urbanos en suburbios crecientemente alejados del centro metropolitano. La periferia de la ciudad se convirtió en una especie de riñón destinado a mantener un equilibrio socialmente gravoso, en el que las áreas suburbanas sirven de precario dormitorio de una población dependiente de las oportunidades y privilegios que sigue concentrando el centro. Esto no fue el resultado de un proceso natural o espontáneo sino, fundamentalmente, de los mecanismos de que se valió la burguesía urbana para continuar ejerciendo este desigual derecho al uso y disposición del espacio.

Entre estos mecanismos, la política estatal fue sin duda el medio más efectivo para neutralizar lo que un caracterizado miembro de esa burguesía denominó “aluvión zoológico” —la masiva irrupción en el conurbano bonaerense de migrantes del interior, y más tarde de países vecinos, atraídos por las oportunidades laborales y los diferenciales ingresos que ofrecía el área metropolitana. El transporte barato, la posibilidad de compra de lotes a plazos, los planes oficiales de vivienda, facilitaron la concentración de esos sectores en las zonas periféricas, mientras el núcleo central contenía su avance restringiendo el

acceso al mercado de vivienda a las clases de medianos y altos ingresos. En todo caso, la estratificación de la ciudad según zonas permitió mantener segregados ciertos barrios exclusivos, concentrándose en los restantes, sectores de clase media de origen inmigrante y algunos núcleos proletarios integrantes de las corrientes migratorias más recientes.

No obstante, la lucha por el derecho al espacio urbano no se agotó en el plano estrictamente económico. Así como la política pública sirvió como instrumento de la burguesía urbana para preservarla de la invasión popular, también resultó a veces, contradictoriamente, la llave que facilitó a los sectores populares el acceso a la ciudad. Los procesos de urbanización, íntimamente relacionados con la estructura productiva, crearon por su propia dinámica ciertos desfases e incongruencias entre las estructuras de clases y la estructura de ocupación del espacio. La existencia de tierras baldías —fiscales o no— susceptibles de invasión y transformación en villas de emergencia; el dictado de legislación “de emergencia” prorrogando contratos de locación de inquilinos de bajos recursos; el natural deterioro de ciertas viviendas centralmente localizadas que se convirtieron en alojamiento transitorio y precario de sectores populares; o la subsistencia dentro de la ciudad de zonas industriales cuyos establecimientos empleaban fuerza de trabajo tradicionalmente radicada en sus inmediaciones, fueron, entre otras, algunas de las situaciones que tendieron a producir tales divergencias.

En general, los regímenes populistas, mediante sus políticas, reforzaron estas situaciones, ampliando los derechos de los sectores populares a la ocupación del espacio urbano. Congruentemente con su filosofía de promoción de la ciudadanía social, estos regímenes hicieron posible que los sectores populares se filtraran en los intersticios del corazón urbano, accediendo a un derecho de ocupación de su núcleo central sobre la base de un título generalmente precario. Esta “cuña” popular, incrustada en una ciudad cuyo “destino manifiesto” era más bien convertirse en residencia y sede de actividad de



las capas sociales más privilegiadas, pasó a ser una anomalía, una mancha que hería la sensibilidad —y aumentaba la inseguridad— burguesas.

La respuesta espontánea de los sectores de mayores ingresos fue jerarquizar el espacio. Abandonando ciertas zonas y concentrándose en otras, atrajeron con su dinero e influencia los servicios, las opciones recreativas, el equipamiento urbano, al tiempo que producían, con su éxodo, la degradación y el deterioro de los barrios abandonados. Pero estos desplazamientos no consiguieron borrar las anomalías. Al amparo de la política estatal, la estructura de ocupación del espacio continuó contradiciendo a la estructura social. Subsistían, ganando cada vez mayor presencia urbana, las "islas" villeras; subsistían los inquilinos de bajos recursos gozando del amparo legal a sus reducidos alquileres; subsistían, detrás de fachadas que disimulaban su destino, sórdidos "hoteles" en los que convivían millares de familias en condiciones de

promiscuidad extremas; subsistían las industrias contaminantes y los barrios obreros de chatas y abigarradas viviendas. Subsistían, con ellos, los sentimientos de una moral burguesa resentida, que veía encarnadas en estas anomalías una negación a la vigencia del derecho, de la justicia, del orden natural de las cosas. Una moral que demandaba reparación, que exigía "poner en su lugar" a la chusma, que reivindicaba que "hay que merecer" vivir en la ciudad y que no se trata de un derecho automático, coextensivo a la condición de ciudadano.

Espacio físico y espacio político

Las iniciativas estatales dirigidas a reparar los desajustes entre la estructura social y la estructura de ocupación del espacio, tuvieron suerte diversa. La acción fue implacable con los villeros e inquilinos amparados, variable en las expropiaciones programadas y francamente débil en los intentos de relocalizar industrias. La relación de fuerzas, en cada caso, resultaba obviamente diferente, dependiendo de la capacidad de organización y el peso social de los sectores afectados, así como de los recursos (materiales, coercitivos o ideológicos) a disposición de, y en condiciones de ser empleados por, el estado. Pero no es el desenlace de estos diferentes enfrentamientos entre estado y sociedad civil lo que me interesa destacar, sino lo que estas experiencias revelan desde el punto de vista de la concepción autoritaria sobre el espacio urbano y el particular escenario de la política en este contexto.

Esta concepción autoritaria, sustentada por la convergencia de consideraciones ideológicas, estratégicas y ecológicas, observa a la ciudad como el lugar de residencia propio de la "gente decente", como la "vidriera del país", como el ámbito físico que devuelve y reafirma valores de orden, equidad, bienestar, pulcritud, ausencia —al menos visible— de pobreza, marginalidad, deterioro y sus epifenómenos (delincuencia, subversión, desborde popular).

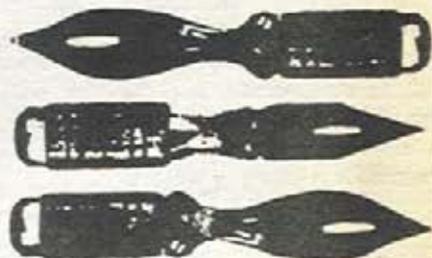
Planteadas sin más recaudos, esta hipótesis podría aparecer adhiriendo a una suerte de teoría conspirativa. Las polí-

ticas no serían más que iniciativas calculadamente dirigidas a ejercer una acción masiva en diversos frentes, con la intención de expulsar a los sectores populares de las áreas urbanas más próximas al centro del área metropolitana. El carácter de la medida sería así un tanto irrelevante. Lo importante sería su eficacia en producir ese resultado.

No es ésta la idea que deseo sostener. Creo más bien que determinados contextos políticos crean condiciones ("espacio político") para que cierto tipo de iniciativas y acciones sean posibles y prosperen. Este espacio se halla cruzado por consideraciones político-ideológicas cuyo descifre puede ayudar a dotar a aquellas políticas de un sentido menos inmediato de lo que indican sus objetivos más explícitos. Las políticas analizadas —emanadas de diferentes niveles y organismos del estado— se insertaban en un contexto político en el que el blanco de las medidas, la *target population*, eran segmentos del sector popular derrotado en ocasión del golpe militar de marzo de 1976.



Brecha



BRECHA N° 3

Reportajes: Oscar Steimberg, Dino Saluzzi y Alfonso Nasif.

Notas sobre: "Plata dulce", Enrique Wernicke, César Fernández Moreno y artículos críticos sobre cultura nacional.

Casilla de Correo 152, sucursal 13 (B) Buenos Aires.

y sistemáticamente desmovilizados a partir de entonces. Además, en la medida en que alteraban —real o potencialmente— su localización espacial, estas políticas afectaban a estos sectores populares no ya como asalariados organizados ni como fuerza política con peso propio y capacidad reivindicativa, sino como sujetos atomizados del mercado de la vivienda, cuyos derechos y/o privilegios se veían de pronto limitados, desconocidos o lisa y llanamente suprimidos. Sectores sobre los cuales resultaba posible ejercer ciertas formas de violencia sin temer su reacción. Sectores incapaces de oponer una resistencia organizada; a lo sumo, capaces de ensayar diversas formas de respuesta adaptativa a la nueva situación creada por la vigencia de las políticas.

Es decir, la política aparecía interpellando al "hombre del mercado" y lo confinaba en ese espacio, no permitiéndole reconocerse como integrante de una clase social ni identificarse con un interés corporativo. Por esta misma razón, este tipo de política estatal era posible, ya que resultaba congruente con la concepción individualista, elitista y privatista de la organización social, impuesta en los distintos planos de la vida política. Expresaba valores esencialmente "burgueses" y "ciudadanos"; reivindicaba la jerarquía del burgo, de la ciudad: la belleza, la comodidad, la libertad de movimiento, la privacidad. Exaltaba la propiedad como valor inalienable y condenaba el privilegio del uso semi-gratuito o la posesión precaria.

En consecuencia, viejos proyectos, que en otro contexto jamás hubieran tenido oportunidad alguna de ejecución porque habrían antagonizado frontalmente a los sectores sociales blanco de sus designios, pudieron ser remozados y aplicados sobre la base del monopolio del poder y el desprecio de la opinión pública. La diferencia con el pasado era que lo que antes habían sido "proyectos" destinados a alimentar las fantasías de improvisados "reformadores sociales" o, a lo sumo, a convertirse en objeto de un efímero debate, se convirtieron en tomas de posición manifiestas de un estado decidido a implementarlos. La resolución drástica de los problemas, la virtual eliminación de la negociación y el compromiso, la supeditación de la razón técnico-profesional a la concepción político-ideológica sobre el orden social deseable, pasaron a ser los rasgos dominantes del estilo de gestión estatal.

En el plano de la política urbana y la estructuración del espacio, las iniciativas estatales produjeron sensibles y perdurables consecuencias sobre la fisonomía y estratificación social de la ciudad, al recortar crecientemente los derechos de los sectores populares al uso y disposición del espacio urbano. Las cifras del Censo Nacional de Población y Vivienda de 1980 reflejan dramáticamente esta situación. La ciudad de Buenos Aires ganó población de medianos y altos ingresos, "perdiendo" al mismo tiempo población integrante de los sectores populares. Probablemente, ello

ha hecho más homogénea la composición social de sus habitantes, bajo el supuesto de que han sido asalariados, jubilados y sectores de clase media baja más los afectados por la batería de políticas públicas que han convertido la residencia en la ciudad en un verdadero privilegio.

Pero además, la segregación geográfica y ecológica según clases sociales se hizo mucho más marcada. La creciente densificación de las áreas mejor situadas en términos de acceso a oportunidades y servicios sugiere que gran parte de la burguesía urbana se concentró en dichas áreas. Se trata de la zona de la ciudad con mayores restricciones en términos de edificación, con más elevados precios por metro cuadrado de edificación en locación o compra, y con más altas contribuciones municipales, lo cual crea infranqueables barreras de acceso a las clases populares. La desaparición de los bolsones villeros —que en algunos casos estaban enclavados en medio de la "zona privilegiada" —acentuó su exclusividad. Las fuertes inversiones municipales en el equipamiento, embellecimiento y desarrollo de espacios recreativos en la misma, hizo todavía más agudo el contraste con los viejos barrios, cuya fisonomía sólo se vio modificada por el persistente deterioro de sus antiguas viviendas.

Con ser significativas, estas diferencias —y la estratificación que suponen— lo son mucho menos cuando la comparación se establece con el resto del área metropolitana, sobre todo con los partidos más alejados de la Capital y más privados de las ventajas y servicios de la urbanización. Es allí donde los sectores populares debieron buscar nuevos espacios. Como en las novelas de historias paralelas que confluyen al final, los inquilinos "desamparados" se encontraron con los desalojados por las expropiaciones, los erradicados de las villas y otros marginados sociales, alternando en los míseros intersticios de ese enorme y deforme monstruo llamado conurbano bonaerense.

Este trabajo contiene algunos puntos desarrollados más extensamente en un libro de próxima aparición sobre "El Derecho al Espacio Urbano".



Democracia y participación

Reportaje a Adolfo Pérez Esquivel

Militante de la no violencia y de los derechos humanos, Adolfo Pérez Esquivel se ha convertido en uno de los protagonistas del escenario político argentino. Frente a todas las cuestiones sustantivas que estos años terribles le han planteado a nuestro país —se trate de los “desaparecidos” o de la guerra de las Malvinas, de la injusticia social o de las libertades públicas, la asfixia cultural o la marginación juvenil— su figura ha sido un punto de referencia por su integridad y su coraje civil. *Punto de vista* ha conversado con él acerca de los requisitos de un proceso de democratización de la sociedad argentina y las iniciativas que en esa dirección alienta el Servicio de Paz y Justicia.

P: *El día de la manifestación organizada por la CGT, en septiembre, el Servicio de Paz y Justicia concurre a la concentración con un cartel que a las palabras paz, pan y trabajo, que constituirían la consigna general, le añadía la de democracia. ¿Quisiera comenzar por ahí: qué significa para Ud., para el Servicio, eso, democracia, y más específicamente democracia participativa, una noción que ustedes emplean frecuentemente.*

R: Para mí, democracia y participación son lo mismo. Se ha utilizado y desvirtuado mucho el sentido de la palabra democracia; no puedo imaginarla sin la participación del pueblo como gestor de su propio destino. Y creo que nunca vivimos una democracia verdadera, sino situaciones de democracia condicionada, condicionada en todos los aspectos. Recuerdo que hace muchos años, cuando enseñaba en el Instituto del Profesorado, fui con un grupo de alumnos a verlo a Frondizi —estábamos visitando a los distintos sectores políticos— y Frondizi dijo algo que siempre me dejó pensando: la gente se preguntaba porqué lo habían sacado y él decía que lo que había que preguntarse era cómo duró tanto tiempo, con

36 planteos militares. Yo creo, en cambio, que habría que analizar porqué permitió esos 36 planteos militares, porqué se condicionó para que le hagan esos planteos. Esto habla de la debilidad del poder ejecutivo, cuyo titular, ante el primer planteo debería ejercer todas las atribuciones que tiene como presidente y como comandante en jefe de todas las FF.AA. Aparte de este tipo de condicionamiento, vemos también que los representantes, diputados o senadores, elegidos por el pueblo, no rinden cuenta ante sus electores, quienes no tienen instancias de control, de cuestionamiento como sucede en otros países. . .

P: *¿Podría aclarar a qué tipo de experiencias se refiere, en qué países y cómo funcionan esas instancias de control?*

R: He viajado prácticamente por todo el mundo y una de las cosas que me impresionaron mucho en Noruega y también en Suecia fue la labor que desempeñan los concejos, una especie de concejos populares, que representan a distintas organizaciones, aparte de las cámaras de diputados, senadores, y que asesoran acerca de todas las inquietudes, van a los ministerios, a los diferentes sectores de gobierno y plantean los problemas. Se produce así un diálogo

en el que las bases tienen participación. Para que la democracia sea efectiva las bases tienen que participar. Las dirigencias muchas veces se manejan con independencia de sus bases, actúan descajadas respecto de ellas, responden a otros intereses, y por eso, para que la democracia sea participativa hay que generar ese tipo de instancias donde las bases puedan plantear sus problemas y donde se pueda también exigir a los que se ha dado mandato que cumplan con él.

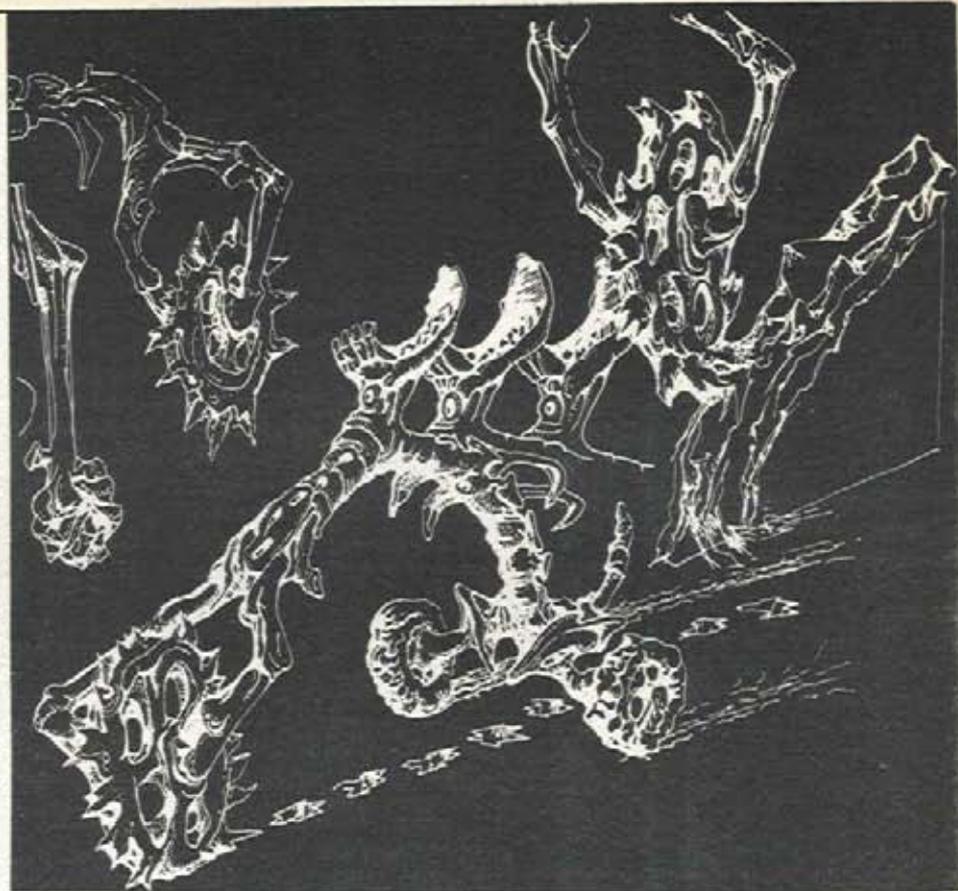
P: *¿Cómo sitúa Ud. ese tipo de organismos respecto del sistema de los partidos? ¿Se trataría de un sistema paralelo, independiente de los partidos?*

R: Creo que puede ser directamente algo paralelo. Lo importante es que el partido que ha sido elegido para el gobierno de acuerdo con determinado programa, lo cumpla, y no que, por las alianzas que ha contraído o porque posea la mayoría en las cámaras, no respete los compromisos ante sus electores. Hay que buscar los mecanismos para evitar la distorsión de los programas, para que las bases puedan vigilar su cumplimiento; eso va a asegurar la continuidad del proceso democrático. La democracia no es perfecta pero es perfectible. Para eso hay que ejercerla y una de las formas es ir estructurando ese tipo de instancias.

P: *¿Quisiera volver un poco hacia atrás para referirme al condicionamiento que Ud. planteaba al comienzo. Se trata del condicionamiento que surge del hecho de que junto al poder civil, formalmente sancionado por la Constitución, existe otro poder, no sancionado formalmente, pero sí muy efectivo y que alimenta ese sistema de presiones al que se halla sometida la autoridad civil. ¿Cómo debe encararse ese problema que es el de la inclusión, dentro del sistema político argentino, de un poder de inclinaciones totalitarias y frente al cual no hay control alguno?*

R: Bueno, hablemos concretamente: ¿cuál es la función de las FF.AA. y cuál es la función de las fuerzas de seguridad? A las FF.AA., en principio, hay que democratizarlas, no son democráticas y hacen uso y abuso del poder que el pueblo les ha otorgado. Incluso cuestiono seriamente el servicio militar

obligatorio; pero hay otra cosa: que un joven deba prestar servicio a la patria es una cuestión, pero un joven no tiene porqué ser instrumento de ningún golpe militar que derroque a un gobierno constitucional, ni tiene que estar sujeto a los intereses de la oligarquía nacional y de las multinacionales que están detrás de esos golpes. Entonces hay que hacer una revisión muy clara de eso y de la función de las FF.AA. en el país. Las FF.AA. deben ser parte del pueblo, no sus opresores, una élite o una casta separada del pueblo. Como lo dije en otros reportajes, hay que ver cuál es el origen de las instituciones, por ejemplo, el de la policía, creada como fuerza preventiva contra el delito y de servicio a la comunidad. Nunca entendí porqué el jefe de la policía o de la gendarmería tiene que ser un general porque un general va a militarizar la policía—como ha sucedido— y de una fuerza preventiva la han transformado en una fuerza represiva, alterando el sentido en el que esa institución fue creada. Por lo tanto, hay que hacer una profunda reforma de esas instituciones, de las FF.AA., con el objeto de devolverles la función para la cual fueron creadas en el país. Cualquiera sea el partido que asuma el gobierno, lo primero que tiene que hacer es poner en su justa dimensión a las instituciones, ponerlas en su función de servicio para el pueblo y no contra él. Debe considerar también, los planes de estudio de las academias militares para formar gente realmente democrática. Claro que lo que ocurre en la Argentina no es un hecho aislado. Cuando observamos la situación continental nos encontramos con que lo mismo sucede en Chile, en Uruguay, en Bolivia, donde las cosas ahora van a cambiar porque los militares ya no daban más y han tenido que reponer al mismo que echaron antes, como ya había ocurrido en el Perú. Todos esos procesos responden a la ideología de la llamada "seguridad nacional". Esta ideología funesta fue condenada implícita y explícitamente por muchas organizaciones, incluida la Iglesia Católica, que en Puebla se pronunció expresamente. ¿Qué nos presenta esta ideología? La guerra, el mundo en permanente guerra. Para esta ideología ya estamos en la Tercera Guerra Mundial. Se habla entonces de la polarización Este-Oeste, es decir, el capitalismo, asociado a la civilización cristiana y occidental, por un lado, el marxismo, el socialismo o todo lo que se oponga a lo



primero, por el otro. Para esta visión no existe el pueblo. De ahí que se esté tratando de destruir la identidad cultural de cada pueblo, del nuestro como de todos los pueblos latinoamericanos. Al pueblo no se lo concibe sino como masa, una masa que debe ser condicionada a un sentido último y absoluto, la "Nación", dirigida por una élite privilegiada o por las mismas FF.AA., que asumen el programa para la construcción de esa nación. La cultura, la educación, la religión, la economía, todo se condiciona a ese objetivo. A él responde claramente el programa de Martínez de Hoz; por eso, cuando dicen que Martínez de Hoz se equivocó, yo digo que no, que hizo lo que se propuso hacer siguiendo los lineamientos de la escuela económica de Chicago. La misma destrucción del aparato productivo al que asistimos en la Argentina, la podemos observar en Chile.

P: Su referencia a élites privilegiadas y, anteriormente, a la oligarquía nacional, nos lleva al tema de la desigualdad social. ¿Cómo se puede encarar esa cuestión con métodos democráticos?

R: Siempre se espera que los problemas del pueblo se solucionen a través del gobierno. Es un engaño pensar así. Creo que la forma de encarar esos problemas es la organización de la gente, que ella misma vaya encontrando las respuestas a sus necesidades. A través de cooperativas, por ejemplo. Tenemos una experiencia concreta, lo que está pasando en Quilmes, con la toma de tierras más importante que haya tenido lugar en el país. Son veinte mil personas que se han organizado, nombraron sus delegados, se hicieron los trabajos de urbanización, se instaló la luz sacándola de los cables centrales, porque ni la municipalidad ni el gobierno provincial la proporcionaban. Así se encaró también el problema del agua, instalando una bomba, y hoy, para atender a los problemas de la salud, se están construyendo cuatro centros sanitarios. Para todo eso nosotros tenemos una política muy simple, resumida en un dicho popular: "Si alguien tiene hambre no le des un pescado, sino enséñale a pescar". Que la gente se organice, que comience a participar y a encontrar respuestas a

sus problemas. Un gobierno democrático debería apoyar esas iniciativas, proporcionarles créditos y todos aquellos medios para que la acción popular sea positiva. No regalar cosas.

P: Ahora bien, la ocupación de tierras plantea el problema de la propiedad. . .

R: Hay que plantearlo, tanto el que se refiere a la propiedad de la tierra rural como urbana. Hay que plantearlo porque es necesaria una redistribución de la riqueza en el país. Por ejemplo, es urgente encarar la descentralización de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Resulta irracional que el 50% de la población esté alojada en esa área. ¿Cómo? Generando en el interior del país las instancias necesarias para que la gente encuentre allí los medios económicos, culturales, educativos, de desarrollo. En estos días estoy viajando constantemente al interior, yendo provincia por provincia, y comienzo a descubrir gente, trabajadores del arte, la cultura, la educación, ávidos por participar y expresarse. Hay que generar esas instancias a las que hice referencia porque de otro modo el federalismo es puramente formal como la democracia, que no es real si no existe participación. Si estas transformaciones no se encaran, volveremos a sufrir otro golpe militar a los dos o tres años de instalado el gobierno constitucional, golpe que será peor que el último porque en el proceso histórico argentino los golpes han sido cada vez peores.

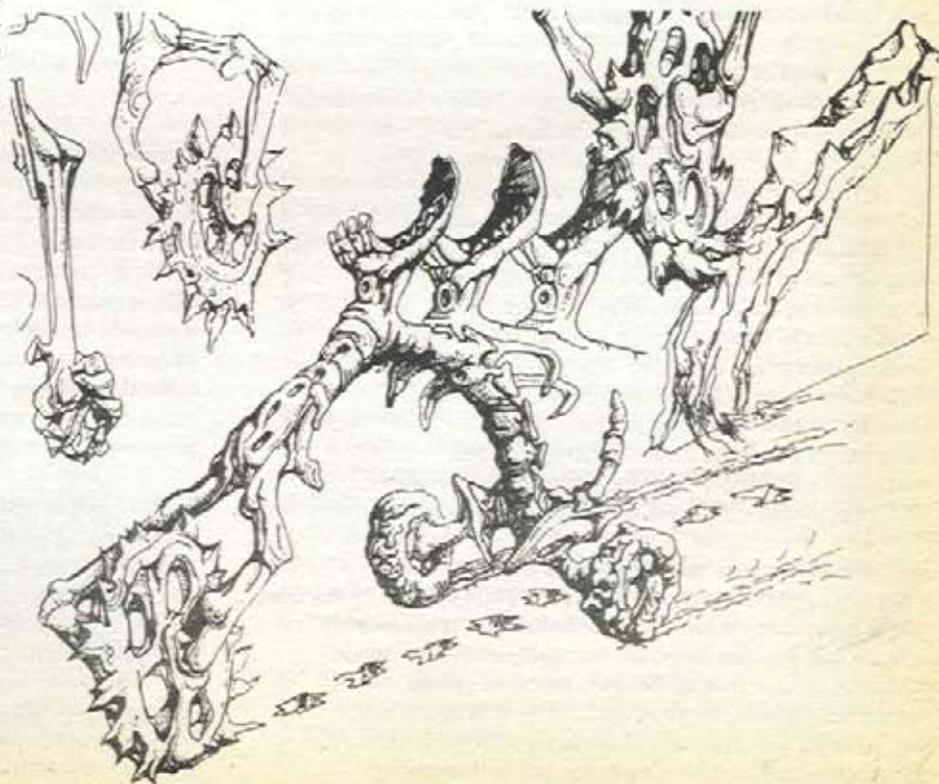
P: El tipo de propuestas que Ud. ha diseñado hasta ahora tienen, en general, como destinatario a las clases populares. Tradicionalmente, en la Argentina las clases populares han intervenido y canalizado sus demandas a través de los partidos (al menos a través de ciertos partidos) y de los sindicatos. ¿El Servicio de Paz y Justicia propone un nuevo modo de acción política? ¿Propone determinada forma de articulación organizativa?

R: No se hace política únicamente a través de los partidos, no se organizan las reivindicaciones sólo a través de los sindicatos. Hay muchas formas de hacerlo y no es necesario que el hacer política tenga siempre carácter o forma partidista. Por ejemplo, las organizaciones de defensa de los derechos humanos, que hoy constituyen una fuerza dentro del contexto político nacional, pero que hasta hace unos años nadie las hubiera

considerado de ese modo. Hoy nadie puede negar lo que esas organizaciones representan en el proceso político argentino, aunque no responden a las estructuras de partido, son independientes de las formaciones partidistas y actúan para plantear, también ante esas formaciones, que ciertas cuestiones deben solucionarse para asegurar el proceso democrático mismo. El Servicio de Paz y Justicia es un organismo internacional, aquí funciona un secretariado nacional y si bien yo soy el representante latinoamericano, como argentino integro también el secretariado nacional. Como argentino tengo ante los problemas de mi país las preocupaciones de todo ciudadano. Somos una organización de inspiración cristiana y trabajamos a nivel de las organizaciones populares y entre los jóvenes. Creo que la única forma de ir superando muchas de las cosas que ha vivido el país, es decir no al asistencialismo, sí a una conciencia crítica, sí a un proceso de autogestión y participación. Siempre señalamos que el primer paso es que el hombre y la mujer tomen conciencia de que son personas y a partir de eso tomen conciencia crítica de sí mismos y de la sociedad para discernir correctamente. El proceso de autoges-

tión pasa por la organización de los sectores populares. Lo importante es la formación de actores que participen en el proceso democrático, no como objetos de la manipulación política. Tomemos el caso de los jóvenes. Nosotros tenemos aquí muchos encuentros con ellos, jornadas, reuniones, grupos. Ellos están madurando, haciendo un análisis crítico de sus posibilidades, del papel que se le ha atribuido a la juventud en los últimos años. No quieren ser manipulados.

La misma conciencia crítica se está formando en villas. Hace poco fueron a Quilmes representantes de un partido político y los pobladores los recibieron con un letrado que decía: "Doctor, si viene a mentir no hable". Lo que nosotros llamamos "comunidades de base" responden a esas experiencias de autogestión para buscar soluciones concretas a los problemas, sin aguardar qué va a hacer el gobierno. Más allá de las opciones individuales, en términos partidistas, de cada uno de los participantes de esas organizaciones de base, ellos se van a insertar de otra manera en el proceso político para exigir el cumplimiento de las propuestas de los partidos y la participación popular en la vida institucional de la nación.



Las últimas poblaciones

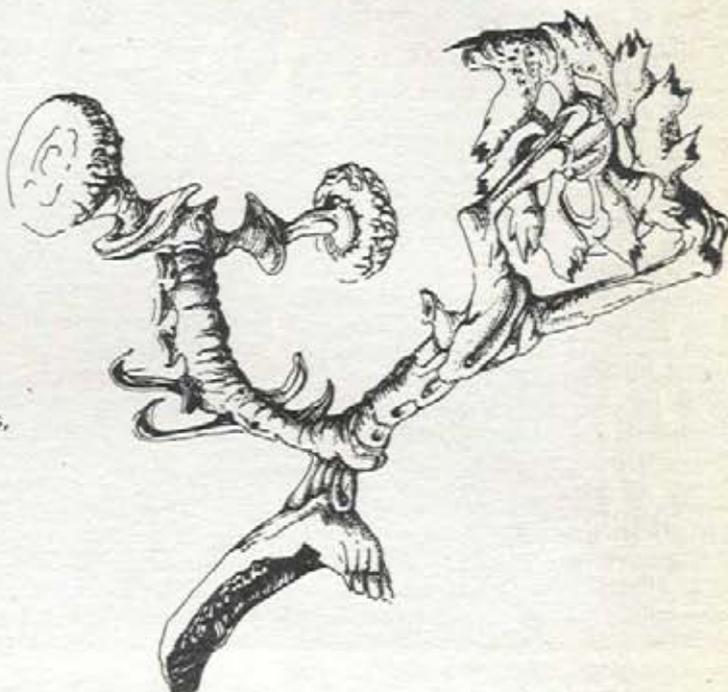
Rafael Oscar Ielpi

En vano mi mano subió a los ojos, tanteando torpemente las lágrimas que se empecinaban en velarme la realidad de aquellos ranchos míseros, donde se empujaban el hambre, la miseria, la desolación de hombres y mujeres. Entre el salado gusto del llanto y el amargor del tabaco negro, las palabras pugnaban por emerger como una corriente, un desbordado río, un grito en medio del silencio. Las palabras (yo lo sabía largamente) no servían sino para los discursos de los doctores, la lisonja, el envoltorio de las cosas.

Lo sabía desde siempre, desde aquellos años en que la pasión y la ceguera fueron nuestro alimento, cuando por las palabras nos sumergimos en la pelea y en la traición y en el olvido de la amistad. Allí estaba, sin embargo, yo. Queriendo hablar una palabra, una sola, antes que los ranchos y el pajonal y los pañuelos en el aire, fueran pasto de la memoria y de la destrucción de la memoria.

Entre lágrimas se iba todo. Tal vez allí, entre los desparramados techos de paja, junto a las arboledas ramosas, murmurando alrededor de los fuegos de la noche, algunos hombres hablarían parcamente de las desdichas de su hermano, el desterrado. Seguramente, en medio del ir y venir del asado, de los innúmeros tragos, del resquemor del humo en los ojos, la larga vida se iría agostando hasta quedar en un hilo, en una telaraña traslúcida, capaz de mostrar las desnudeces de sus miserias, de sus amores violentos, de su desamparada orfandad. Mis ojos lo veían claramente: más allá de la partida, del tránsito hacia la soledad de las pampas resacas, de la huida yo estaba sin embargo entre ellos, masticando sin descanso en la rueda, entre el ruido de las haciendas y el lejano grito de los animales enfermos.

Allí mismo. No más que ninguno de ellos y sin embargo distinto. Comido por la desesperanza de los días, por la repetición de las noches abiertas, por la persistente miseria que acosaba como perros hambrientos, visitando los ranchos igual que un invitado perpetuo. Ellos, los demás, habían terminado por ceder a la adversidad, por entregar sus armas al enemigo, derrotados antes de la pelea, con cuchillos mellados por la intemperie,



con ánimo de pobreza y resignación de condenados. Esas agorerías no entraban en mi corazón: yo había nacido en esos ranchos, había dejado pedazos de mis carnes sobre los caballos cerriles, había galopado detrás de las tropillas ágiles, había dormido bajo las estrellas sin más compañía que la soledad y sin más consuelo que el peregrino pasado. ¿Cómo era, entonces, que estuviese allí, en esa hora, mirando con ojos llorosos, el rastro, el perfil, la sombra acaso de esos paisanos, de esos horcones donde colgaban sangrantes entrañas, de esa tropa de desencantos?

Yo no era ése, el fugitivo de las leyes de los doctores, sino el otro: el hombre libre sobre esos campos larguísimos, el dueño de sus pequeños arrees, un nombre casi inexistente para las listas de la riqueza y de la dicha. Yo no veía nada de eso. Por los velados ojos, miraba un paisaje distinto, donde todo se deformaba como movido por la mano de un loco. Allí estaba yo, entonces: un hombre flaco, consumido por las enfermedades y el maltrato, enredado por la mentira y el abuso de los poderosos en esas soledades de Dios, compartiendo sobras de comida,

retazos de amistad, el pan de los perseguidos. Allí pensaba, solo en medio de la vigilia nocturna, qué habría detrás de esa pampa interminable, donde sólo se atrevían la alimaña, el zorro, las ánimas de los difuntos, en pena. ¿Qué habría de distinto, por fin, más allá de ese horizonte callado, bajo el sol calcinante y las blancas osamentas?

Eso veía yo entonces: detrás de esos límites lejanos, allá donde los ojos sólo encontraban vaporosas lagunas, esteros mentirosos y pastizales quemantes, se levantaban del polvo y de la tierra unos ranchos míseros, con horcones donde colgaban sangrientas entrañas. En rueda, callados ante la ceremonia del día, ceñudos hombres compartían un sueño callado: ¿qué habría detrás de esas pampas resacas, más allá del horizonte? ¿Pueblos distintos, tropas relucientes, una mujer para calmar la sed de amor, una quimera? Eso veía yo entonces: a la sombra de los empobrecidos árboles, mal cubiertos por ponchos hilachentos, aquellos hombres que no conocían mayor fortuna que el azar de sus vidas, se empeñaban en conjeturas vacías: una aventura entre las desconocidas pampas, una pelea a cuchillo, la desazón y el miedo a los malones fugaces. Yo estaba (había estado) entre ellos: entretenido en los menudos oficios del ocio, jinete en gastados caballos,

señor de un ínfimo reinado donde campeaban la pobreza y el estoicismo de la pobreza.

Por allí andaba yo, arrastrando mis pesares antiguos, compartiendo los pesares presentes, mientras allá lejos; seguramente entre la lisonja y el lujo de los adufones, los doctores de la ciudad decidían, sin saberlo, mi destino. Ellos no habían estado en esa guerra. Sus pasiones, sus heroísmos, eran apenas carne de escritorio. Más lejos de esas casas donde se sucedían los patios perfumados, mucho más lejos, a lo mejor, de lo que ellos mismos suponían, estábamos nosotros, estaba yo, en medio de la confusión de la indiada, de las mezquindades de los pueblos pequeños, de la prepotencia de los leguleyos y el sable de sus esbirros. En eso pensaba yo, muchas veces. En cómo serían aquellos pueblos enormes, donde la vida era una sucesión de felicidades, y la muerte apenas un accidente. Los había visto pasajeros de sus carruajes lucientes, evitando el polvo y la quemazón, sonándose con sus pañuelos de puntilla. Un rostro pálido, una mano desmayada, unos cabellos que se agitaban apenas con el traqueteo y el galope. No eran mis hermanos. Eran apenas lo desconocido, el enemigo descuberto, la amenaza en medio del desaliento.

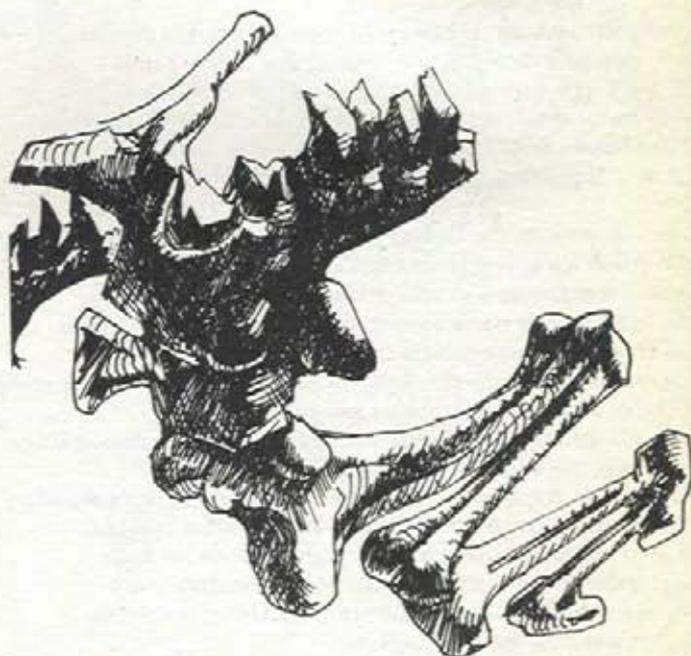
En vano mi mano sacudía aquellos velos empecinados. Entre el resquemor de las lágrimas, los ranchos se iban achicando hasta quedar en una mancha detenida, en un borrón sobre los pastizales. Había, allí, quién sabe dónde, escondida de la lujuria de los poderosos y del celo animal de la soldadesca, una mujer que cerraba los ojos a todo eso. Mi sueño solo era entonces para ella. A quien mis ojos no verían más, a quien mi pensamiento evocaría como una muerta y a quien quizás olvidaría entre el fragor de los combates y la engañosa soledad de los desiertos. Los perros se enredaban al paso, ladrando quejumbres de hermandad desolada. Sus flancos sufridos por los castigos, las lenguas colgantes, su paso como un paso de baile de borrachos. Ese era mi lugar: entre aquella compañía de derrotados, en medio de los perros y de la perversión, a la zaga de los fantasmas de la pampa.

No era, por cierto, un sueño. Era también la vieja ansia de galopar a cielo abierto, sin límite ni atadura, recorriendo sin rumbo aquellas soledades



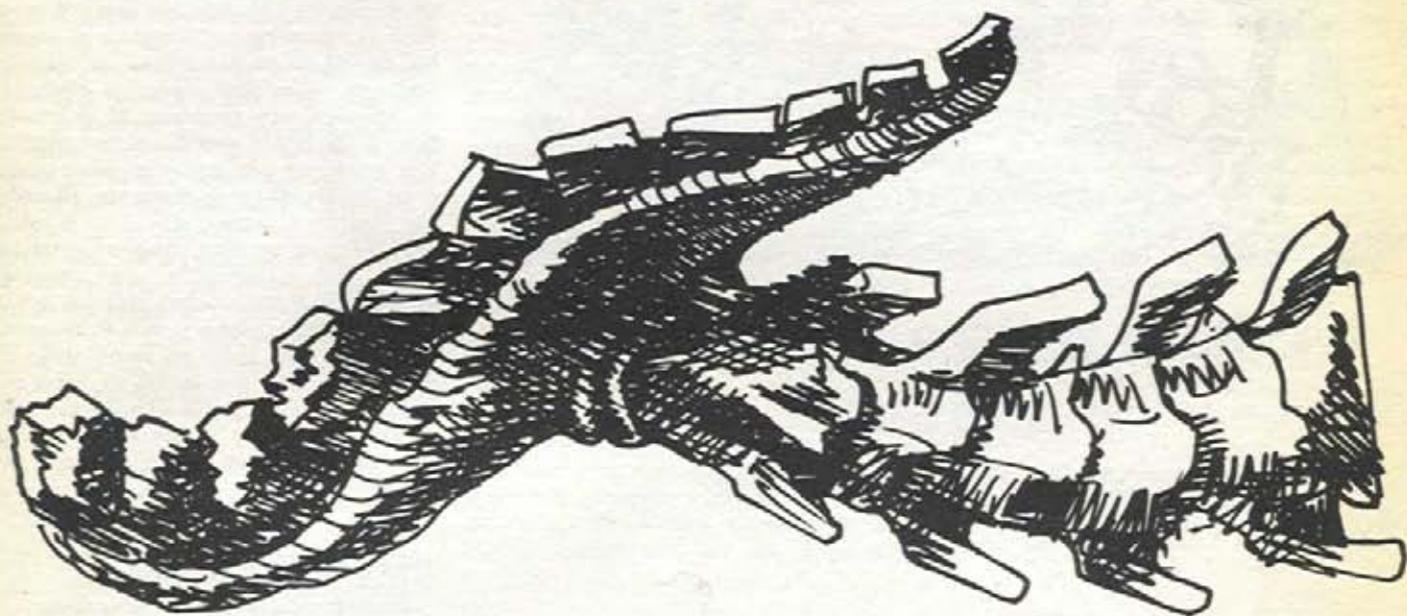
donde sólo sobrevivían los desterrados y las fieras,
unidos acaso por la misma condena.
Allá entre los ranchos y la tierra levantada en polvo
y en humedad, había sin embargo mucho de mí todavía.
Una herencia que no era de fortunas ni de señores
sino tan sólo de empecinamiento y coraje:
momentos fugaces en los que la muerte vino de mi mano
a entrar en los otros, día de altanería
y de vanidad, cuando fui también el portador de desgracias,
el ejecutor de alguna muerte imprevista.

Entre ellos, los hombres que levantaban el sombrero
saludando sin un gesto de más, quedaban esos recuerdos,
esas menudas fama de mi paso. ¿Cuánto duraría?
¿En qué momento preciso, una noche, una madrugada,
mi nombre empezaría a ser nada más que un sonido,
cada vez más apagado, cada vez más ajeno,
hasta convertirse en una palabra extranjera a sus oídos,
desconocida a sus corazones? ¿En qué hora de esas noches,
de esos días siempre iguales, alguien (uno de ellos)
empezaría a socavar el cimiento [de aquel nombre,
hasta echarlo a rodar entre el polvo, como a un desperdicio?
Yo lo sabía, aquel día, cuando cabalgaba ya más lejos,
mucho más lejos, y las últimas poblaciones
eran nada más que un recuerdo, clavadas en medio del desierto
como una bandera ajada, soportando el calor del verano
y la calma que amenazaba con el fragor de los malones.
Lo sabía desde el momento mismo en que dejé de ser
uno de ellos para convertirme en uno entre ellos, esquivando
las leyes tramposas, enarbolando nada más que una rebeldía
furiosa, una pasión encendida en medio del corazón
como un fuego que no se apaga con la lluvia.
Ah, seguramente ellos, los poderosos de la ciudad,
habían planeado exactamente todo esto: nuestras miserias
y nuestras calamidades, peleando a su favor por consignas
vacías, por intereses que no conocíamos, tal vez
por sus pequeñas pasiones y enconos. Nosotros, entonces,
habíamos sido culpables: por acometer ciegamente
unos contra otros, cuando éramos nada más que la misma cosa,
cuando éramos los menos poderosos, los más pobres
en aquel festejo de reverencias. Así peleamos, paisanos
contra paisanos, olvidándonos de que habíamos vivido
la misma vida, padecido los mismos dolores y privaciones,



en aquellos pueblos como el mío, donde se empujaban
los ranchos para protegerse del miedo, y había horcones
con colgantes entrañas y la rueda del fogón era
como un rito de ánimas.

Me lo había preguntado muchas veces, cuando la vigilia
de la noche caminaba conmigo como una sombra,
avizorando en la oscuridad con ojos enrojecidos
el movimiento del indio, los rozamientos del zorro,
la víbora arrastrando su silbido de muerte, entre los pastizales:
¿a quién habíamos servido, entonces, con aquella pelea
sin término, con aquellas cabalgatas constantes
que nos llevaron de un pueblo a otro, como un azote,
arrastrando detrás nuestro la muerte, el fuego, el ciego odio?
¿Para qué habíamos servido, entonces?
Esa tarde, mis ojos que velaban las lágrimas, apenas
divisaban el último rancharío, allá lejos, un punto en la
inmensidad llena de verde, pero veían claro lo demás:
habíamos sido engañados, empujados a la violencia
de los encuentros a cuchillo, a bayoneta, a lanza
seca, cuando matar era una consigna y ser muerto un honor
que habíamos creído perdurable para siempre.



A lo mejor por eso, mirando hacia atrás, aquellos ranchos pobres, aquellos paisanos parados en las galerías del boliche, agitando sombreros y pañuelos como quien despide a un cortejo de difuntos, me parecían a mí, que era uno de ellos, un sueño loco. Más allá del horizonte, donde aparecen y desaparecen las lagunas vagorosas de la fantasía y de la sed, habría tal vez un lugar para el desterrado que yo era. Pero ellos, los otros, los que quedaban, ¿dónde encontrarían consuelo, país, tierra suya, el mendrugo de sus mañanas? Para ellos, no había sino la ira de los poderosos, las leyes de los doctores y la enrarecida atmósfera de los prostíbulos, donde iban las mujeres (nuestras mujeres, nuestras hijas), para servicio y lujo de los dueños de todo.

Me di vuelta otra vez: ya no había nada. Otro jinete, mudo, me seguía como una doble imaginación de sus desdichas. A él también, como a mí, los ojos se le velaban con el llanto. Él era, sin saberlo, la repetición de mi historia, un calco desconocido de mi vida, de mis padecimientos y alegrías. No lo había visto en las peleas, ni en las fiestas inocentes del baile, no habíamos compartido la soledad

de los fortines ni la efímera dicha de una mujer y sin embargo era una parte, la mitad casi, de mi vida. ¿Adónde íbamos, jinetes perdidos en el mar de las pampas inhóspitas, hombres solos ante lo desconocido? Ni él, ni yo, con ser que éramos casi un solo hombre, lo sabíamos ciertamente: más allá del horizonte, tal vez, donde están los esteros mentidos, las lagunas vacías, la sed en medio de los arroyos de polvo. Allá donde olvidar tanta desdicha, tanta resignación, lejos de la podredumbre y la codicia de los señores, libres en medio del desierto.

Yo sabía que el sueño tendría una noche una vuelta completa: y que estaríamos allí, de nuevo solos en medio de los alaridos de la chusma, compartiendo penurias y carne cruda, como animales embichados que curan sus heridas, uno al otro, sometidos a la murmuración, a la envidia, al celo de los pequeños jefes borrachos. No me importaba: eso era, en todo caso, el orden natural de mis días. El otro, a mi costado, dejaba ir, como un anuncio, el humo blanco del cigarro. Íbamos al tranco corto, sin apuro. Las sombras, en el suelo, se alargaban al paso.



Escritura política y política de la escritura

María Teresa Gramuglio

Andrés Rivera, *Una lectura de la historia*, Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 1982, 157 páginas.

1) Lectura y lecturas

El primer efecto que provoca la lectura de este volumen de cuentos es el de una incomodidad que sacude la certeza de las clasificaciones y genealogías literarias de nuestro campo narrativo. Aunque Rivera se halla indudablemente inscripto en la tradición de narrativa social que tiene uno de sus puntos de articulación a mediados de la década del 50,¹ este texto afirma la progresiva complejidad de una poética que corroe y contamina los modos de construcción ligados al momento inicial de su escritura; trabaja con un conjunto de procedimientos que confieren a los relatos un marcado hermetismo y en los que resuena el eco de innumerables entrecruzamientos, préstamos y parentescos con otras tendencias literarias, con el

cine, con ciertas versiones de momentos clave de una historia muy próxima. Por debajo de esta profusa diversidad subyacen algunas constantes: un tono distanciado, un lenguaje de deliberada y por momentos obsesiva elaboración literaria y, sobre todo, la persistencia de ciertos núcleos temáticos que configuran el mundo característico de la narrativa de Rivera: un mundo fuertemente ideologizado, donde la política y la militancia, la solidaridad y la traición, el sexo y la amistad, se proyectan sobre la densa red de los conflictos sociales y las relaciones familiares.

Una lectura de la historia, no la lectura; una entre otras que son también posibles. El título que reúne los cuentos enuncia una inevitable y asumida conciencia de renuncia a las totalizaciones, que los relatos, por su lado, ponen en escena con la violencia de un montaje que sabotea la serenidad del orden casual. En el interior de los cuentos las historias se tensionan, se desvían, se fracturan en al-

ternancias y yuxtaposiciones. "Firmo un manual de discretas sentencias, de crípticas alusiones, de falaces analogías", dice de sus notas el ficticio cronista de *Los honorables testigos*. Y de su relato, borgianamente y como en espejo: "Proporciono estas escasas referencias —laterales, si se quiere— porque del episodio que voy a contar desconozco su trama secreta, sus antecedentes, sus apariencias, esos ingredientes que, se asegura, confieren una transparencia irreprochable a la narración". ¿Es abusivo pensar en la narrativa de Rivera vinculándola con estos enunciados? Si esta perspectiva padece el innegable déficit de su parcialidad, permite sin embargo reflexionar sobre un efecto de desconocimiento simétrico al del narrador: el del lector, y sobre el desconcierto y la extrañeza que provocan estos relatos cuajados de pistas y alusiones, ritmados por cortes y tramos elididos. Ninguna transparencia en ellos, ninguna totalidad fijada. Por el contrario, una opacidad irreductible y hasta enigmática que se sostiene fundamentalmente con el recurso a la alusión —las cosas no se nombran directamente sino por medio de otras que remiten a ellas— y a la elipsis —supresiones de indicios y partes de la historia que problematizan la adjudicación del sentido.

2) La mediación de la literatura

Señalar este aspecto de *Una lectura de la historia* envía de inmediato a la particular configuración que organiza, en el interior de los textos, un material acentuadamente vinculado a la trama de las relaciones sociales que atraviesa esas zonas problemáticas que se tocan con lo ideológico: sin duda, y en primer lugar, la política, pero también la ética, el mundo de los valores. Entre las varias operaciones que convierten a este material ideológico en materia narrativa hay una que funciona como modelo del trabajo constructivo y ocupa por su frecuencia un lugar predominante: la vehiculización de lo ideológico por la literatura. En estos relatos donde la presencia de lo ideológico impregna todo, la literatura impregna a su vez lo ideológico, que suele aparecer mediado —refractado, relativizado— por un sistema de citas y alusiones a textos literarios cuya eficacia reside en sustraerlo a esa suerte de cristalización dogmática característica de buena parte de nuestra literatura de tesis. De esta modalidad, que cabría definir como una

función orientada a la intertextualidad, pueden señalarse algunos pasos privilegiados. En *Una lectura de la historia* —el relato que da nombre al libro— las alusiones a un cuento de Borges², enriquecen con la idea de la fatalidad, de un destino trágico, las circunstancias que llevan a la muerte a un militante comunista de oscura trayectoria. En *Los honorables testigos*, donde la proliferación de indicios literarios se multiplica hasta la saturación, es la novela dura norteamericana el punto de referencia que, en la apertura del relato, anticipa la índole ambigua de un episodio (un secuestro) que oscila entre lo policial y lo político. Otras pistas dentro del relato aluden a esa contaminación entre delincuencia y poder, que si no es, por cierto, privativa del mundo de la policía negra, es una de sus marcas definitivas. "Mi imaginación —dice el narrador— vagaba por las calles de San Francisco y Personville, por un mundo en que los pistoleros pueden gobernar naciones y casi gobernar ciudades. Y procuraba que mi endeble prosa remitiera, al más prevenido de los lectores, a un escenario ajeno pero, tal vez, reminisciente."

3) Las dos parábolas. ¿Una función ordenadora?

También es posible leer este libro como un recorrido por ciertos momentos que definen el proyecto literario de Rivera. El perfil de esa trayectoria que ha buscado obstinadamente las formas de inscribir lo político en los componentes textuales³, aparece aquí pautado por dos relatos breves, casi parabólicos en su ejemplaridad, que diseñan dos núcleos fuertemente enlazados por múltiples zonas de interpenetración. El primero de esos relatos, *Déle la palabra*, abre el libro; en él se narra la historia de un suboficial fusilado en una asonada peronista, con un tono cuyo despojamiento de ribetes heroicos remite a la épica trivial de los hombres comunes. El segundo, hacia la mitad del volumen, narra otra historia que culmina en muerte, la de un poeta que abraza la militancia en un grupo clandestino, esta vez en un registro irónico sembrado de claves y alusiones literarias, presentes ya desde el título: *Un Byron sudamericano*. Del primer grupo, donde se recogen tres cuentos publicados en libros anteriores, es *Cita* el que, por su temática y sus personajes, se vincula más claramente con la perspectiva de los

relatos anteriores de Rivera. Las correcciones de la versión actual apuntan la dirección en que se mueve la escritura: eliminación de los referentes políticos más obvios, una indeterminación que confiere al significado esa cualidad flotante que se acentúa en los relatos posteriores, y señalan, más allá del acercamiento a otras tendencias visibles en el interior de la serie literaria, las condiciones materiales, sociales, de la comunicación narrativa. Lo político tiende a dispersarse, a diluirse en otras zonas de la experiencia, como sucede en el caso límite del discurso delirante de *La mujer de Maracaibo*. En este núcleo de la guerra civil española, los antagonismos entre izquierdistas y peronistas, son apenas las circunstancias reconocibles sobre las que, como sobre un cañamazo, se traman las historias.

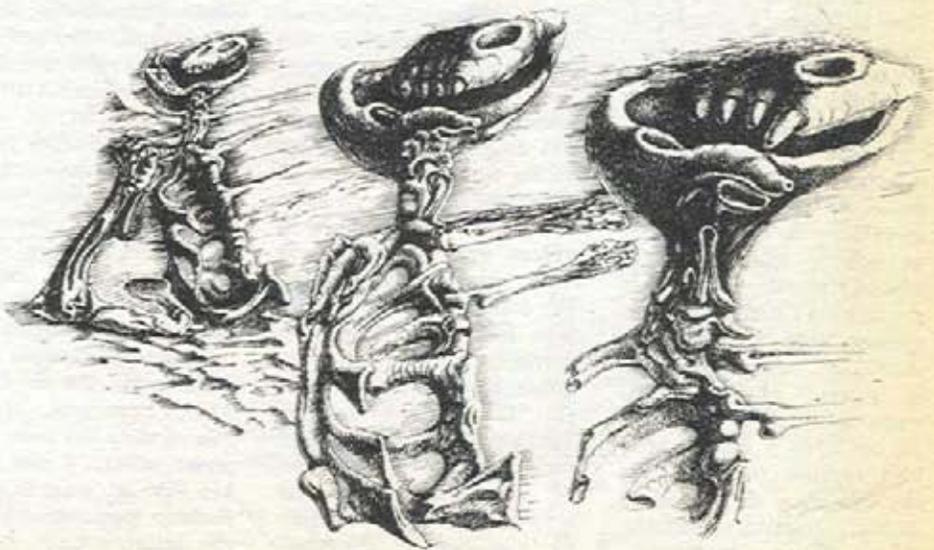
Bialé y *Un tiempo muy corto, un largo silencio*, se conectan en cambio con lo que será predominante en el segundo núcleo; una esfera más privada, menos ligada a los hitos definidos por el acontecer político, donde los conflictos éticos —las traiciones, la extorsión, la culpa— se realizan en una tematización casi perversa de la sexualidad: mujeres posesivas con algo de monstruosas, sumisiones, desgaste de las relaciones amorosas. El último cuento, *La paz que conquistamos*, es un abigarrado

tapiz donde se entretejen la mayoría de los motivos y formas constructivas de Rivera: allí están la historia de los tejedores judíos emigrados, las vidas opacas de algunos intelectuales, las formas opresivas del poder y del orden, las mediaciones literarias, el montaje de historias fragmentadas y convergentes. Frente a esta acumulación trabajosa y hermética, acaso no sea una elección ilegítima preferir la limpieza con que relatos como *La suerte de un hombre viejo* o *Las fuentes del orden* estructuran una materia igualmente densa, igualmente compleja.

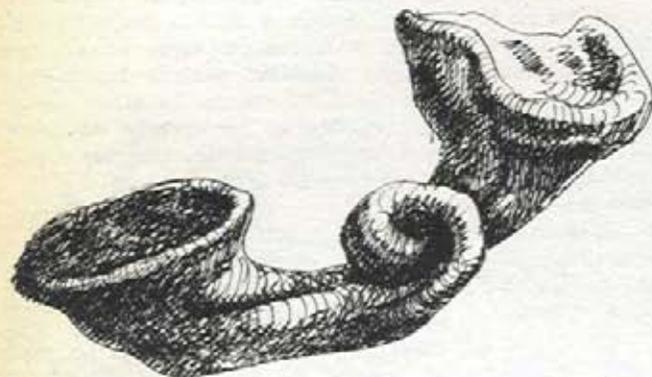
¹ Las dos primeras novelas de Rivera son *El precio* (1957) y *Los que no mueren* (1959). Luego ha publicado los libros de cuentos *Sol de sábado* (1962), *Cita* (1966), *El yugo y la marcha* (1968) y *Ajuste de cuentas* (1972).

² Se trata de *El muerto*. Hay personajes llamados uno, Ulpiano Suárez, y el otro, Azevedo Bandeira; hay una cita de la frase final: "Suárez, casi con desdén, hace fuego".

³ Sobre la relación entre política y lenguaje en Rivera, véase: Ricardo Piglia, *De la traición a la literatura*, revista *Los Libros*, N° 27, julio de 1972.



Minima



Alberto Laiseca, *Aventuras de un novelista atonal*, Editorial Sudamericana, 152 págs.

En "Aventuras de un novelista atonal" Laiseca exagera y lleva al límite las modalidades y los temas de ese género esquivo al que podríamos llamar "relatos sobre el mundo literario". La *nouvelle* que da título a este libro se integra, a su manera, en una trama donde circulan textos tan dispares como "Escritor fracasado" de Arlt, "Nota al pie" de Walsh, "El aleph" de Borges, *Cosas concretas* de Viñas, *Humano ardor* de Ghirardo, *El mal metafísico* de Gálvez. Laiseca somete este género al mismo tratamiento delirante a que había sometido en su primera obra (*Su turno para morir*) las convenciones de la novela policial: aquí narra la historia paranoica de un libro y de sus posibles efectos, trabaja todos los eslabones de la cadena literaria (escritura, publicación, crítica, traducción, premios, consagración) y arma una especie de épica grotesca y degradada donde

se alucinan los conflictos y el lugar del escritor en la sociedad. Por otro lado este relato podría ser leído como el prólogo críptico y secreto escrito por Laiseca a su gran novela inédita (*Los soría*). "Ya es hora de hablar de la obra de este artista que pasó diez años de su vida escribiendo la primera novela atonal del mundo". Ya es hora, sin duda y las "Aventuras..." son un discreto y casi onírico llamado de atención sobre ese libro "enciclopédico, único, misterioso y larguísimo", con seguridad uno de los textos fundamentales de la literatura argentina de estos años. A la vez, y desde la misma óptica, habría que decir que en la *nouvelle* que completa este libro, Laiseca ha dejado caer una suerte de fragmento o de esquirla de *Los soría*: porque en "La epopeya del rey Teobaldo" se concentran varios elementos esenciales de su escritura y en ese sentido puede ser considerada una versión microscópica de su obra mayor.

R.P.

Oswaldo Soriano, *Cuarteles de invierno*, Bruguera, Barcelona, 1982, 192 págs.

En 1973 aparece la primera novela de Oswaldo Soriano, *Triste, solitario y final*. Los materiales a que recurre Soriano en esta primera obra participan de cierta zona marginal de la cultura (la serie negra, el cine cómico) cuyo rescate había comenzado por esos años. Asimismo no era ajena la novela a la recurrencia a la intertextualidad, especialmente en relación a la novela negra, fundamentalmente a la de Raymond Chandler, y ya desde el título tomado de *El largo adiós*. A partir de estos materiales construyó Soriano una divertida y por momentos nostálgica metáfora sobre el poder y las formas de la represión.

Si bien estas preocupaciones permanecen, los materiales utilizados por Soriano en sus dos novelas escritas en el exilio (*No habrá más pena ni olvido*, aparecida en 1980 y *Cuarteles de invierno*, escrita entre 1977 y 1979, publicada este año) tienen su anclaje en hechos recientes de la política nacional.

Cuarteles de invierno se desarrolla en una ciudad ficcionalizada, Colonia Vela, en la provincia de Buenos Aires, dominada, al igual que el resto del país, por el poder militar, y que ya había sido el espacio donde Soriano había ubicado la lucha interperonista, que fue el material narrativo de *No habrá más pena ni olvido*.

Hay una continuidad en

el espacio físico, el material de origen y fundamentalmente la escritura. Una escritura de neta raíz hemingwayana con escasez de adjetivos, pocas descripciones, aunque mordaces, a lo Chandler, con diálogos breves y cortantes en los que se privilegia la función comunicativa.

Cuarteles de invierno se inicia con la llegada a Colonia Vela de Andrés Galván, un cantante de tangos que tuvo su hora de fama, y que en ese momento se encuentra relegado a raíz de haber sido incluido en las listas negras, y de Rocha, un boxeador ya en el final de su carrera deportiva. Ambos vienen para participar en un festival organizado en el lugar bajo el slogan de "Pueolo y Fuerzas Armadas unidos en el común Destino de Paz y Grandeza".

El relato se divide claramente en dos partes, tanto en su aspecto temático como en lo que hace al tratamiento de la situación narrada. La línea de división en lo temático es la aparición del cuestionamiento militante a la participación de ambos protagonistas en el festival a través de pintadas que acusan a Galván de "cantor de asesinos" y ponen a Rocha de ejemplo de la figura del torturador.

En la segunda parte, el tono predominantemente caricaturesco de la primera deja paso a la acción. Se le impedirá actuar a Galván, a consecuencia de sus antecedentes, y a pesar de las ordenes que recibe de abandonar Colonia Vela, no lo hace, tratando de ayudar a

Rocha quien está siendo "ablandado" para que pierda su pelea. Encuentra un auxiliar en Mingo, quien finalmente será asesinado por la policía. La caracterización de Mingo coincide con la que generalmente desde el periodismo o desde cierta literatura realista se construye sobre la marginalidad: depositario de la memoria colectiva, desplazado de la vida social, con un conocimiento instintivo de la justicia.

La novela finaliza con la derrota de Rocha en su combate con Sepúlveda, el crédito local y además oficial del ejército, en una descripción sangrienta hasta el exceso. Todo el relato está recorrido por la tensión entre la conciencia lúcida e independiente de Galván y el deseo de participación no crítico de Rocha que se convertirá en el curso de la narración en una rebeldía nacida en el orgullo personal.

De la producción de Soriano pueden establecer una serie de pautas que están en la base de su escritura y de su poética. Un encuadre de la narración cercano a lo cinematográfico,

co, donde se privilegia el aspecto exterior de lo narrado, la unidireccionalidad de la acción, la falta de digresiones y de rupturas temporales, nombran también a sus modelos: Hemingway, la novela negra, el cine policial americano del 40.

Con esta poética construye Soriano su producción novelística del exilio, basada en la confianza de que el microcosmos que es capaz de mentar la literatura puede contener en sí todas las contradicciones y movimientos de "lo real". Como si la literatura fuese una sinécdoque de la "totalidad". Una totalidad que coincide con la imagen que sobre los sucesos trágicos de la Argentina de estos últimos años de gobierno militar circula en Europa. Una imagen donde el macrocosmos está bipolarizado, por un lado los opresores y por el otro los oprimidos y donde la única forma de comunicación social es la represión, entendiendo a la represión en su aspecto más físico, y por ende más visible. Esta imagen de la re-

presión se ajusta adecuadamente a la poética de Soriano; su representación parecería necesitar una ubicación precisa en un momento para dar acabada cuenta de sus efectos. Funciona un concepto de "brutalidad de lo literal", ya desde el título donde se anula la lectura metafórica de la expresión "cuarteles de invierno".

Esa "brutalidad de lo literal", garantiza una lectura sin ambigüedades, en un doble sentido, la de la literatura y la de la realidad. La operatoria de la poética de Soriano sobre la lectura de la realidad convierte a los espacios físicos en espacios sociales y a las personas en evidentes abstracciones de fuerzas sociales. Traslada la exigencia de verosimilitud de la literatura a la representación de "lo real" de que esa literatura se propone como sinécdoque. Allí se eliminan los repliegues, los aspectos ambiguos, las marchas y contramarchas de "lo real" y de las relaciones que con la realidad mantiene la obra literaria.

M. M.

cuales esta revista literaria bregó, con los avatares y la periodicidad propios de las publicaciones culturales independientes, por la edición y difusión sobre todo de material poético. No obstante la ausencia física de la revista, dicha tarea se continuó hasta ahora, bajo el mismo sello editorial, con la "Colección de Poesía El Búho Encantado" que incluye plaquetas y libros caracterizados por su extremo cuidado en la impresión.

Desde un principio Eduardo D'Anna (1948) se contó entre los miembros más conspicuos de la revista, junto con Sergio Kern, Hugo Diz y Francisco y Elvio E. Gandolfo, padre e hijo respectivamente, sus directores. Aunque estos poetas nunca se autoproclamaron miembros de una generación (típico gesto metropolitano) ni trataron de autodefinirse como grupo excluyente (al modo de la vanguardia), es posible señalar dos rasgos comunes a todos ellos, improntas de una original producción poética que *A la intemperie* perfecciona. De un lado, una cierta lectura de Juan L. Ortiz que privilegia, antes que la labor solitaria del orfebre, la actitud modesta e integral frente al mundo, incorporadora de un saber casi panteísta, de cuño campesino y, específicamente, del litoral. En ese sentido no parece casual el recuerdo de unos versos de Juanele que el título del libro propone: "No olvidéis que la poesía, si la pura sensitiva o la ineludible sensitiva, es asimismo, o acaso

Eduardo D'Anna, *A la intemperie*, Ediciones El Lagrimal Trifurca, Rosario, 1982.

En agosto de 1976 apareció en Rosario el número 14 de *El lagrimal trifurca* que cerraría un ciclo de nueve años, a lo largo de los



ICARIA
REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Director: Emilio J. Corbière

Correspondencia: Revista Icaria, Fundación "Juan B. Justo", Av. Rivadavia 2009, piso 2º E, 1033, Buenos Aires, Argentina.

sobre todo, la intemperie sin fin" ("Ah, mis amigos, habláis de rimas. . ."). De otro lado, una particular canalización del sencillismo porteño de los 60, en la que se presta atención no a un registro literal sino a profundas modulaciones del lenguaje coloquial, y a la vez se evita que el referente se convierta en alegoría a partir de la escritura que lo selecciona. Con tres libros anteriores (*Muy muy que digamos* (1967), *Aventuras con usted* (1975) y *Carne de la flaca* (1978) D'Anna evidencia en *A la intemperie* el rigor de un discurso poético que se construye desde una necesidad casi inmediata a su escritura: la de comunicar aquella parte de lo real que el poeta tematiza. La poesía es entonces una cuestión de palabras próximas y también herramienta gnoseológica pero no de manera explícita y arrogante: "Todo esto es de sobra conocido. (Leer este poema/ no es una forma de saber,/ escribirlo / tampoco)/ Hay problemas muy trillados/ que nunca tuvieron público/ que de ellos se ocupara, y lamento/ que alguien no se pregunte por qué."

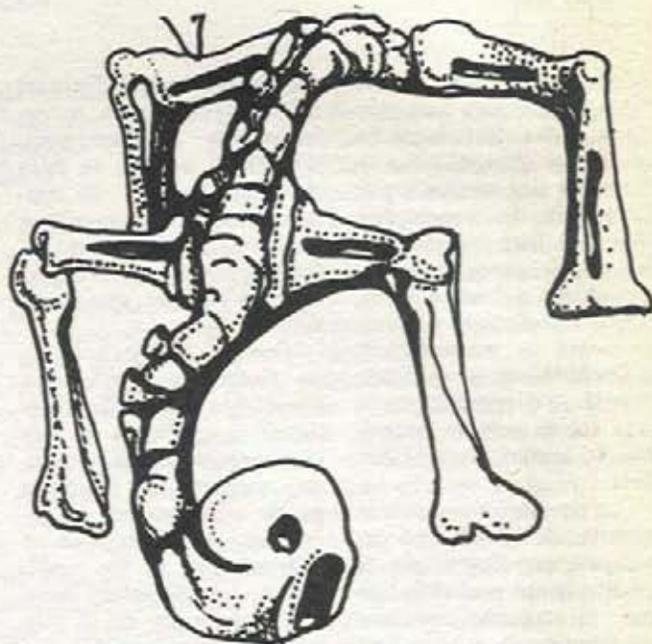
Por último estos bellos libros-objeto son también parte de una poética, apuestan a la circulación de la poesía de Rosario, llevados y traídos debajo del brazo, dejados en librerías o quioscos, puede descubrirse los exhibidos en las terminales de ómnibus o las estaciones de trenes de las ciudades argentinas.

V.P.

Noemí Ulla, *Encuentros con Silvina Ocampo*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

En 1981, Noemí Ulla realizó un trabajo sobre los textos de Silvina Ocampo (*Capítulo*, "La historia de la literatura argentina", n.º 82). Sin conocerla aún personalmente, los avatares del estudio que realizaba —la necesidad de obtener algunos datos, cierto material gráfico— la llevaron a mantener varias conversaciones telefónicas con la escritora. Posteriormente, el estudio y el prólogo a una antología de sus textos, preparada por N. U., merecieron su total aprobación. En ese clima favorable y amistoso, surgió la idea, por parte de N. U., de realizar una serie de entrevistas que fueran como otra cara del trabajo, una suerte de aproximación más cálida y personal, a la autora y sus textos. Ante su sorpresa —sabido es que Silvina Ocampo rehúsa la publicidad y ejerce una estricta censura sobre su intimidad— la escritora accedió.

En el prólogo a estos *Encuentros*, resultan evidentes varios aspectos: en primer lugar, el deslumbramiento irrestricto que en la entrevistadora suscita la obra de la entrevistada. Luego, lo que N. U. señala como cualidades inherentes al desarrollo de las entrevistas: "fluidez y goce" y que son pautas de la grata e inusual relación que se fue gestando entre ambas escritoras, propicia para



REVISTA IBEROAMERICANA
Órgano del Instituto Internacional de
Literatura Iberoamericana

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano.

SECRETARIO-TESORERO: Bruce Stiehm.

DIRECCION: 1312 C. L. Universidad de
Pittsburgh. Pittsburgh, PA 15260. USA.

SUSCRIPCION ANUAL:

Países latinoamericanos: 20 dls.

Otros países: 25 dls.

Socios regulares: 30 dls.

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Gloria Jiménez Yamal

CANJE:

Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

un intercambio cuya riqueza estuvo dada no sólo por la multiplicidad de los temas tratados, sino también por lo espontáneo de su abordaje. Por último, cabe señalar que el deseo de la autora en el sentido de que este libro se constituyera en un libro infinito, sin principio ni fin, que el lector pudiera abrir en cualquier página, ha sido logrado, pues sus capítulos, ordenados temáticamente, no guardan una correlación causal y resulta posible leerlos sin seguir un orden preestablecido.

Ya en las entrevistas mismas, el lector no puede dejar de advertir que, entre el sistema de pensamiento de ambas escritoras, existe una semejanza que permite llegar a una compenetración tal entre entrevistada y entrevistadora, que, en ocasiones, basta una palabra, o una breve frase generadora, para que las ideas se vayan enlazando y se gesticione un intercambio fluido e intenso, construido además con un gran sentido de la economía (tal el caso, por ejemplo, de las relaciones existentes entre lengua, habla y escritura, sobre las que se vuelve una y otra vez, casi como un núcleo central de interés). Y es lícito señalar que en estas "conversaciones" bien puede hablarse de intercambio, por que en él ambas interlocutoras se sitúan en un simétrico plano de igualdad, en un verdadero diálogo en el que ambas se interrogan mutuamente para aventurarse en zonas de interés común a la manera de quien emprende una "travesía" (como lo señala N.U.) com-



partida con equidad.

Está claro que prima el desorden, pues estos intercambios no obedecen a esquemas prefijados, sino que se fueron dando casi por asociaciones libres. Pero en ese mismo desorden reside tal vez la vívida riqueza del diálogo que se dejó gestar de acuerdo con una concatenación y una lógica internas, que a veces tomó atajos insospechados pero siempre relevantes. (Tal vez sea necesario recordar que se trata de dos escritoras cuyos textos trascienden la escritura corriente y cuyas particulares ironías están muy emparentadas.)

Esta proximidad con un cierto tipo de discurso analítico hace que algunos temas, algunos capítulos (*Primeros recuerdos*, por ejemplo) semejen, por la intensidad del recuerdo, por lo eminentemente afectivo de sus matices, una sesión psicoanalítica de la que ambos interlocutores surgen transformados por la catarsis, enriquecidos por el nuevo conocimiento de sí y del otro, pero absolutamente agotados por el esfuerzo de lo vivido. Estos momentos no abundan, pues Silvana Ocampo rehúye taxativamente toda pregunta estrictamente extraliteraria, pero en ocasiones, algo ingenuamente, se deja llevar por la fuerza de las asociaciones e incurre en relatos de tipo reminiscente (que en verdad, son los que prestan mayor encanto al libro).

Los problemas que plantea la traducción a una es-

critora que, como dice N. U. parafraseando a Georges Steiner referido a Borges, es de "imaginación multilingüe", reaparecen con frecuencia. (Silvina Ocampo aprendió el francés y el inglés junto con el español, pero empezó escribiendo en inglés, y actualmente considera su escritura como una síntesis permanente entre las tres lenguas).

Distintos aspectos de la escritura y la creación, de la intuición, de la búsqueda de imágenes, de la obsesión por las descripciones, del uso de las distintas personas en la narrativa, aparecen una y otra vez a lo largo de estos diálogos. En ellos, N. U. esgrime un conocimiento verdaderamente profundo de la obra de Silvina Ocampo, y su rapidez de asociación le permite traer a colación ejemplos, citas, instancias, y salir al paso de su interlocutora de modo tal que el diálogo, fructífero y esclarecedor, se enriquece constantemente con nuevas asociaciones, que generan otras y van iluminando una obra

que ha permanecido como en la penumbra, sin suscitar estudios críticos o sólo contados trabajos.

De este modo, y con la fuerte carga afectiva, casi de manera apasionada, estas intrincadas conversaciones avanzan sobre esa zona de sombra a la que esta escritora argentina parecía condenada, develando interesantes aspectos de la creación y de la producción textual. Pero si el acento está puesto allí, también en otras zonas personales y hasta biográficas —siempre dentro del marco de resguardo que Silvina Ocampo impone a su vida extraliteraria—, es evidente que estas conversaciones, tan enriquecedoras en muchos sentidos, no contemplan el aspecto ideológico de esta autora, incluida en un grupo de claras connotaciones dentro de la literatura argentina. Y al plantearlo así no nos referimos a un reduccionismo esquemático o maniqueo, sino a una visión menos parcial, que no privilegia algunas zonas y oscurece totalmente, en cambio, otras.

N.D.

Oscar Landi, *Crisis y lenguajes políticos*, Estudios CEDES, Vol. IV, N° 4, Buenos Aires, 1981.

Los procesos políticos —particularmente las crisis— no se limitan a poner en juego actores preconstituidos, sino que producen efectos sobre la conformación de los propios sujetos implicados. Tal es la tesis general de estos textos, que reconocen su punto de partida en un análisis crítico del proyecto "fundacional" de la dictadura militar instaurada en 1976. En ese sentido, es destacable el diagnóstico del papel que ese proyecto adjudicaba al *mercado* sobredeterminado como dispositivo de disciplinamiento y reordenamiento social destinado a construir una nueva ciudadanía política.

Sin embargo, Oscar Landi excede con largueza ese marco coyuntural a través de un proyecto más propiamente teórico que recorre rápidamente un abanico de referencias, cuyo punto de intersección sería la *genealogía* de los actores políticos, encarada por el sesgo de las estrategias discursivas y sus efectos, que son sucesivamente abordados en el nivel de la legitimidad política, de la productividad semiótica y de los sistemas de identificación.

El énfasis en la noción foucaultiana de *dispositivo* se propone orientar una rectificación de las concepciones teórico-políticas que, acentuando una concepción

jurídica del poder, descuidan reconocer sus aspectos propiamente productivos, particularmente en cierta dimensión capilar de su ejercicio.

Al mismo tiempo, la noción misma de *sujeto* resulta problematizada, en una línea de teorización que rescata tanto la crítica a la metafísica cartesiana como las tesis lacanianas acerca de la formación del yo y la primacía del significante en la constitución del sujeto. Con ello, ese carácter "interpelante" que Althusser señalaba en la ideología se resitúa en una consideración de la práctica política que acentúa su función productora de identidades.

La amplificación resultante no disimula sus dificultades. Ya que, si la perspectiva del dispositivo de *poder* llama a recorrer una dimensión de politización que se despliega hasta el microespacio social, la introducción del tema del *deseo* y de los procesos de instauración de *ideales colectivos* en niveles macropolíticos (como la historia del peronismo que es abordada a título ilustrativo) localizan problemáticas de no fácil armonización.

De cualquier modo, vale el intento meritorio de desarticular lo que el autor llama "obstáculo sustancialista" en los modos de concebir la correlación del espacio y la dinámica política con sus efectos diversificados sobre sujetos históricos colectivos.

H. V.



Libros recibidos

Hachette

Daniel Delas y Jean Jacques Thomas, *Poética generativa*, col. "Hachette Universidad", serie Lengua-Lingüística-Comunicación, 150 págs.; traducción de María Luisa Freyre y Enrique Pezzoni.

Número 51 de la publicación *Langages*, este libro reúne varias perspectivas sobre la proyección del generativismo lingüístico a la descripción del texto literario. Al análisis de las estructuras sintácticas en la prosa de Gibbon y Hemingway, se agregan consideraciones predominantemente teóricas sobre la metáfora y la elipsis, revisándose la bibliografía más reciente sobre la temática.

P. Legendre, R. Entelman, E. Kozicki, T. Abraham, E. Marí, E. Le Roy y H. Vezzetti, *El discurso jurídico: perspectiva psicoanalítica y otros abordajes epistemológicos*, col. "Hachette Universidad", 257 págs.

Ediciones del Norte

Antonio Skármeta, *La insurrección*, novela, Hanover (Estados Unidos), 240 págs.

Ediciones del Pensamiento Nacional

Norberto Galasso, *Raúl Scalabrini Ortiz y la lucha contra la dominación inglesa*, 121 págs.

Premia Editora/ La red de Jonás

Jorge Ruffinelli, *Literatura e ideología: el primer Maria-*



no Azuela (1896-1918), México, 116 págs.

Las novelas que Mariano Azuela escribió sobre la Revolución Mexicana de 1910 plantean la pregunta acerca de la representación literaria de un conjunto de materiales histórico-sociales. El ensayo de Ruffinelli analiza estos textos a partir del sistema literario del naturalismo, la ideología del escritor como crítico social y su transformación textual, cuando el cambio político ejerce su presión sobre los modelos y las posibilidades de la literatura.

Ediciones de la Vía Regia

Jorge Montgomery, *Rainer Werner Fassbinder y el nuevo cine alemán*, 64 págs.

El volumen integra una caracterización breve de la situación del nuevo cine alemán y un conjunto de materiales ordenados en torno a la obra de Fassbinder: su filmografía completa (incluidas las fichas técnicas) entrevistas, juicios críticos y material gráfico.

Ediciones de Poesía

Silvia Alvarez, *Poemas*, Buenos Aires, sin número de págs.

"hace falta se oye
salta de su silla
le vienen esqueletitos a la
memoria
brincaquetebribrinca disimula
laprieta fuerte y
al toque de quedáronse
acomoda la bragueta
huerto en bosta se oye
suda porfías y dijuntos
lo regresan
la fábula quedóle chica
¿asomar un ojo entero en
esta historia?
laprieta
cortar quemar mucho que
lavar
de cabalgados se oye"

Diana Bellessi, *Tributo del mudo*, Buenos Aires, Ediciones Sirirí, 67 págs.

Enrique Blanchard, *El disfraz del cuerpo*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 47 págs.

J. G. Cobo Borda, *Roncando al sol como una foca en*

las Galápagos. Bogotá, Ediciones Gaceta-Colcultura, 28 págs.

Francisco Gandolfo, *Plenitud del mito*, Rosario, el lagrimal trifurca, 106 págs.

"Se imponía una épica/provocada por duelo/de cabeza padeciendo / velorio permanente. / Salir en busca de lo desconocido / creando lo que no se da / para llegar con el tiempo a contemplar la acción / como galaxia que ofrece en visión estática/su belleza móvil".

Alfredo Pérez Galimberti, *De la tierra prometida*, edición del autor con grabados en madera de Ludovico Pérez, 76 págs.

Ricardo Ruiz, *Poemas*, Buenos Aires, sin número de págs.

Rubén Sevlever, *Poemas inéditos*, Rosario, col. de poesía "El búho encantado", plaqueta nro. 14.

J. M. Tornay, *En voz baja*, Buenos Aires, Pausa, 42 págs.

Jorge Warley, *Poemas (1975-1979)*, Buenos Aires, Ediciones de Poesía La Lámpara Errante, 44 págs; *Separata*, poemas (1978-1981), Buenos Aires, 30 págs.

"Los perros adormecidos sobre los rieles entre los pastos

Libros...

bichos estúpidos:
saltan del sol al hambre
al agua
al cansancio."

Revistas

El Bimestre político y económico, año 1, nro. 2, publicación del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración.

Esta publicación clasifica y resume la información económica y política aparecida en los diarios de mayor circulación en Buenos Aires, una decena de revistas argentinas y la extraída de publicaciones extranjeras incluye la reproducción de reportajes y notas. En el número 2, es posible leer un inteligente editorial sobre la cuestión Malvinas.

Confluencia, publicación del Centro de Estudios Brasileños de Buenos Aires. Edición organizada y traducida por Raúl Antelo de textos sobre literatura argentina escritos por brasileños y ensayos argentinos sobre autores de Brasil. Pueden leerse artículos de Nicolás Olivari, Borges, Drummond de Andrade, Lins do Rego y Murilo Mendes, así como dos inteligentes ensayos sobre Cortázar de Davi Arigucci Jr. y Walnice Nogueira Galvao.

Cuadernos médico sociales, nro. 21; publicación del

Centro de Estudios Sanitarios y Sociales de la Asociación Médica de Rosario.

El presente número incluye un artículo del antropólogo argentino Eduardo Menéndez sobre la crisis del modelo médico y las alternativas autogestionarias en salud pública.

Hoja mensual de poesía, año III, nro. 18, Rosario, Ediciones la hoja de poesía.

Investigaciones semióticas, nro. 1; publicación de la Oficina Latinoamericana de Investigaciones Jurídicas y Sociales, Universidad de Carabobo, Venezuela. Arduo y perspicaz trabajo de José Szabón sobre "Facundo: campo semántico y organización narrativa", junto a ensayos sobre la semiótica del derecho y de la eticidad, y del "inconsciente como sistema semiótico".

Perspectiva Universitaria, nro. 10; publicación del Instituto de Información y Estudios en Ciencias Sociales y Educación. Incluye el Informe de la Comisión de Cultura y Educación de la Multipartidaria y varios trabajos sobre la cuestión universitaria. Entre ellos, una larga nota editorial sobre el ingreso, el estatuto y los concursos, a los que se considera "todo, menos la herramienta necesaria para 'normalizar' y jerarquizar la Universidad".
Talita, año 1, nro. 2, La Plata, agosto-septiembre de 1982.



CRITICA & UTOPIA N° 8: REPENSANDO LA POLITICA

Artículos

Teoría y práctica política en situaciones de dictadura, *Francisco Delich*

Especificando la política, *Norbert Lechner*

Democracia en cuestión y redefinición de la política, *Mario R. dos Santos y Daniel R. García Delgado*

Max Weber, moral de convicción y política defensiva, *Angel Flis/fisch*

Notas de investigación

Sociedad, política, sujeto: variaciones sobre un viejo tema, *Regis de Castro Andrade*

Dossier

La actualización informativa en las ciencias sociales, *Dominique Babini*

Notas críticas

"Solidarité. Analyse d'un mouvement social", de Alain Touraine y otros, *María Grossi*

"1964: A conquista do Estado", de René Armand Dreifuss, *Héctor Alimonda*

"Hacia una teoría de la transformación", de Raúl Prebisch, *José Misito*

CRITICA & UTOPIA. Latinoamericana de Ciencias Sociales se edita trimestralmente en Buenos Aires con la dirección de Francisco Delich. Suscripciones: exterior (4 números) U\$S 28. Incluye envío aéreo. En el caso de Argentina se adopta el siguiente criterio: los suscriptores recibirán cada uno de los números con la factura adjunta por el precio de tapa vigente. El franqueo aéreo será sin cargo. Callao 875, 3ro. E, Buenos Aires, 1023.

Rúbrica

¿Democracia del Norte?

Desde mediados de este año, diarios y periódicos norteamericanos han venido publicando una noticia que recuerda peligrosamente esa época que Lillian Hellman llamó "tiempo de canallas". Angel Rama, profesor de la universidad de Maryland, fue calificado, por el gobierno de los Estados Unidos, como "subversivo" y, en consecuencia este gobierno consideró que no puede hacerse acreedor de una visa de residencia permanente. Como en las típicas persecuciones anticomunistas, Rama no se ha enterado aún de los motivos que fundamentan la acusación: "La situación no es sólo absurda, escribe *The Sun* de Baltimore, sino también peligrosa. ¿Estamos ante el comienzo de una nueva locura anticomunista? ¿Proscribirá el gobierno a todo extranjero que haya tenido la conexión más remota con alguna causa considerada antipopular en los Estados Unidos?"

Hace trece años, el gobierno de los Estados Unidos, a través del Departamento de Estado, consideró que debía atribuirse a Angel Rama la etiqueta de rojo. Hoy, esta imputación parece causa suficiente para poner en peligro su carrera universitaria y su permanencia en un país que ha firmado los tratados de Helsinki, en cuya acta final puede leerse el compromiso de respetar "los derechos humanos y las libertades básicas que incluyen libertad de pensamiento, de conciencia, de religión y de creencias... el derecho a la libertad de opinión y expresión, derecho que incluye la libertad de sostener

opiniones sin interferencias y buscar, recibir e impartir información e ideas a través de todos los medios y fronteras". La violación de principios fundamentales, como los de las actas de Helsinki, no puede ser considerada una novedad para los intelectuales del Tercer Mundo.

Sin embargo, la escandalosa situación en que se ha colocado el gobierno de los Estados Unidos (y que ha despertado pronunciamientos de condena en el campo intelectual y político) afecta a un latinoamericano que es, también, uno de los escritores más inteligentes y, por su historia, mejor preparado para enfrentarla. En declaraciones publicadas por el *Washington Post* en julio y agosto de este año, Rama afirma: "La acusación es increíble, absolutamente increíble. Todo el mundo sabe que no soy comunista. Soy un socialista, que cree en la posibilidad de una sociedad socialista y democrática. No pertenezco ni pertenecí nunca a un partido político. Prefiero seguir siendo independiente, colocación que me parece óptima para un intelectual. Soy escritor y, desde este punto de vista, la cultura me concierne más que la política".

El caso de Rama es parte de una historia de malentendidos: "No soy una excepción. Creo que la mayoría de los intelectuales y escritores latinoamericanos, sean liberales, socialistas o, sobre todo, nacionalistas, están en contra de toda intervención. Los Estados Unidos tienen dificultades para comprender esto y para decidir qué hacer con nosotros. Concluyen, entonces, que todo

aquel que no sea conservador es un comunista". A la arbitrariedad y la torpeza antidemocrática de la acusación, se une, en este caso, el misterio con que el Departamento de Estado rodea el rechazo de la visa permanente. Como el personaje de *El proceso*, Rama se sabe objeto de un juicio cuyos motivos reales desconoce: "Las autoridades no revelan cuáles son los cargos concretos que se me imputan. Sólo me queda imaginar cuáles podrían ser los cargos posibles". En este sentido, Rama recuerda una discusión mantenida en 1969 con un funcionario del consulado norteamericano en Montevideo, en ocasión de solicitar por primera vez una visa para enseñar en la Universidad de Puerto Rico. El funcionario mencionó tres puntos de la biografía de Rama que, en su opinión, podían dificultar su entrada a los Estados Unidos: un viaje a China en 1962, algunas visitas a Cuba y la presencia de Rama en el semanario *Marcha* de Montevideo (dicho sea de paso, uno de los órganos culturales de los que puede enorgullecerse el pensamiento democrático y de izquierda en América Latina).

La pregunta queda aún sin responder: ¿se lo acusa a Rama de haber sido comunista? ¿de serlo todavía? ¿se lo persigue por sus ideas antimperialistas, esas ideas que han articulado su práctica intelectual, por la cual varias universidades norteamericanas lo han tenido como profesor? Un vocero del Departamento de Estado, cuando se lo interrogó sobre si la acusación de "subversivo" podía tener carácter ilevantable y permanente, dijo con admirable franqueza: "Salvo que se presenten pruebas e informaciones en contra, me inclinaría a pensar que la etiqueta seguirá pegada a él". Es posible preguntarse entonces cuáles deberían ser esas pruebas a esgrimir frente a acusaciones cuyo verdadero carácter sigue siendo impreciso. El país que suele enorgullecerse de la independencia de su justicia, debería exhibir mayor precisión al respecto. El caso Rama nos hace reflexionar acerca de dónde se cruzan algunas dictaduras del sur y la democracia del norte.



Paraguay: la literatura y sus riesgos

A Juan Manuel Marcos

I

El de Augusto Roa Bastos no es un nombre desconocido para el público argentino. Largos años de permanencia en Buenos Aires, la reedición de novelas como *Hijo de Hombre*, *Yo, el Supremo* o su presencia en la 8a. Feria Internacional del Libro realizada durante el mes de abril de este año, devolvieron al primer plano la figura de este narrador paraguayo, sin duda el más importante en la historia literaria de su país.

No han tenido en cambio suficiente difusión algunos hechos ocurridos recientemente, y que tienen que ver con las condiciones en que se desenvuelve la vida cultural del país nombrado. Hay que decir que todavía hoy el Paraguay transita por las más difíciles condiciones de existencia. Esas condiciones —no muy conocidas en nuestro medio— han marcado las líneas de su desarrollo cultural, determinando que buena parte de su producción artística viera la luz fuera del ámbito propio. Al aislamiento denunciado tantas veces por ensayistas e his-

toriadores, se ha sumado la periódica dispersión de sus élites intelectuales, dando lugar al nacimiento de un fenómeno singular, caracterizado por la recurrente fractura de su proceso creativo. Rafael Barret, Herib Campos Cervera, José Asunción Flores, Augusto Roa Bastos o Elvio Romero, no son sino algunos de los nombres que puntean esta historia de violencias y desencuentros, verificada entre autores y clases dominantes. La violencia de arriba no ha engendrado en este caso la violencia de los de abajo, pero en cambio ha privado al país de sus inteligencias más lúcidas, de la posibilidad de concretar un esfuerzo sostenido tendiente a consolidar una tradición y una cultura propias, válidas para el ámbito universal.

Como para corroborar esta constante de la vida paraguaya, en el mes de mayo su gobierno ha dispuesto la expulsión del escritor que mencionamos al principio. Los argumentos esgrimidos en esta ocasión estriban en que Roa Bastos llegó a su país para "adoctrinar y corromper a la juventud", aludiendo de este modo a los contactos sos-

tenidos por el escritor con jóvenes estudiantes y artistas asuncenos, ávidos de escuchar palabras que sin duda no podrían ofrecerles ni la adocenada cultura oficial ni los intelectuales independientes, impedidos de formarse y expresarse en un ambiente de libertad y seguridad personales. El fenómeno de la expulsión parece explicable: en países donde la participación social está restringida y la actividad política es una mera vía de acceso a la riqueza o al poder, emerge la figura del escritor como la única alternativa de liderazgo, como el punto de confluencia para las expectativas y los anhelos populares no satisfechos. La acusación formulada contra Roa Bastos recuerda vagamente la condena de Sócrates, pero adecuada en este caso a los tiempos modernos: no faltó el agregado de que el novelista era portador de ideas "izquierdistas", lo que obviamente en un país de características autoritarias como el Paraguay configura un delito de los más graves. No era ese el caso, por supuesto, pero para la epidermis altamente sensibilizada de los celadores de turno, la presencia de un novelista que ganaba espacio por la sola fuerza de su obra y su inteligencia, comportaba una señal de peligro que había que neutralizar inmediatamente. La anécdota es ilustrativa con respecto a las dificultades que deben afrontar quienes se atreven a pensar con libertad o simplemente aportar puntos de vista diferentes sobre la esclerosada vida social del país. No hay que olvidar que Roa Bastos viene de profesar durante años cursos de literatura e idioma en la Universidad de Toulouse, y que continuamente es requerido para asistir a simposios o seminarios sobre su propia obra en diversos países del mundo. En esos países su aporte es considerado como uno de los más importantes que se hayan hecho al desarrollo de la literatura hispanoamericana contemporánea.

II

Si como dice Enrique Adoum —y este aserto puede comprobarse puntualmente en Paraguay— leer y escribir se

ha convertido en una actividad clandestina para buena parte de los países latinoamericanos, ¿cómo discurre la vida de un escritor dentro del contexto que hemos tratado de describir? Recientemente Jorge Canese, un poeta paraguayo con varios volúmenes publicados, vivió una experiencia singular. La editorial *Botella al Mar* de Buenos Aires dio a conocer en el mes de abril su poemario titulado "Paloma blanca, paloma negra", donde de algún modo se dejaban traslucir los dilemas que acosan a la sociedad paraguaya. Con motivo de la publicación del libro, algunos medios le hicieron objeto de las más duras diatribas, concitando de ese modo la atención de los infaltables organismos represivos. Consecuencias: se ordenó el secuestro de la edición, y actualmente está prohibida en aquél país la circulación y venta del libro. Junto con la reciente experiencia de Roa Bastos, el caso de "Paloma blanca, paloma negra" puede simbolizar claramente el chaleco de fuerza que se ha impuesto a la inteligencia paraguaya, que con toda evidencia cuenta con márgenes muy estrechos para la expresión dentro de los límites territoriales. No le queda al escritor otra alternativa que la de callarse o emigrar, que es de hecho el camino que han seguido numerosos artistas paraguayos. O bien eludir ciertos temas, torcer la expresión, echar mano de la simbolización y otros recursos evasivos, etc., distorsionando de todos modos la normal elaboración de la obra artística. En la práctica no existen revistas literarias, y salvo las páginas dominicales de algunos diarios, no se vislumbra otra forma de confrontar libremente ideas y experiencias, presupuesto indispensable para construir una cultura nacional sobre bases que se requieren sólidas y permanentes.

III

Cabe preguntarse entonces: pero si tales son los condicionamientos existentes, ¿podría hablarse en Paraguay de una literatura viva y actuante? Es sabido que



fuera del país se han consagrado nombres como los de Roa Bastos, Elvio Romero, Gabriel Casaccia, Rubén Bareiro Saguier, etc., etc., denunciando así la fractura y dispersión de una literatura que se niega a morir o desaparecer. Construida con los materiales de la nostalgia y el recuerdo, pero también con los de una irreductible esperanza, la obra de estos escritores se levanta como un permanente testimonio de la cultura y la sensibilidad nacionales, más allá o más acá de cualquier intención mutiladora. En la misma medida en que estos escritores exiliados han intentado desentrañar los enigmas de la sociedad paraguaya, otras voces, dentro de las fronteras del país, han procurado descifrar los interrogantes de la vida colectiva, uniendo sus palabras a las de sus colegas dispersos por el exterior. Tal es el caso de ciertos autores nacionales, y tal, también, el del esfuerzo cumplido a través de algunas editoriales nuevas, entre las cuales cabe destacar las de Napa y Alcándara, dedicada la primera a la narrativa y la segunda a la edición o reedición de poetas que cum-

plieron o cumplen una función significativa dentro de las letras nacionales. En una corta reseña como ésta, no podemos mencionar sino algunos de los títulos recientemente publicados, intentando de paso una breve caracterización de los mismos. Con estos datos complementarios queremos contribuir a un mayor conocimiento de las letras paraguayas contemporáneas.

IV

Digamos, en primer lugar, que la narrativa —otroza enmarcada fundamentalmente en el ámbito rural— ha ido desplazando su enfoque hacia los temas de la ciudad, acompañando de este modo el proceso de concentración que se ha verificado en los últimos años alrededor de la capital paraguaya. Signos de este desplazamiento son las novelas y cuentos aparecidos en años recientes, entre las que cabe nombrar a obras como "La pesadilla", novela de Dimas Aranda, historia de vidas rescatadas de las periódicas revueltas populares desatadas contra el *establishment*; "Los hombres de Celina", de M. Halley Mora, especie de *bildungsroman* al revés, donde un personaje venido del interior termina por corromperse a tenor de sus contactos con ciertos estratos de la sociedad asuncena; "Función patronal", de Alcibíades González Delvalle, fresco sobre motivos costumbristas elaborado con indudable vena satírica; "El espejo y el canasto", cuentos pulcramente escritos por Josefina Plá; "Anticipación y reflexión", de O. González Real, serie de cuentos y ensayos localizables en la Capital, inaugurando en este caso un área nueva para la narrativa del país: los cuentos de ciencia-ficción; los "Monólogos" de J. L. Appleyard, recopilación de artículos periodísticos reconocibles asimismo como viñetas costumbristas, donde se intenta recoger el habla coloquial de las capas populares asuncenas, a nuestro modo de ver con un criterio equivocado. Podríamos enumerar todavía otros textos publicados dentro o fuera del país como "El contador de cuentos" de J. Ruiz Nestosa,

"Ruidos y leyendas" de R. Díaz Pérez o, dentro del género autobiográfico, "Armas y Letras" de Arturo Bray, pero aquí solo nos atenemos a algunos de los títulos más divulgados.

En el campo de la poesía —y por qué no, en el de la música— es importante señalar que los cambios introducidos en la vida cotidiana también se han manifestado con un vuelco hacia la captación de temas urbanos, constituyendo quizá éstos los vehículos más espontáneos y libres para la exteriorización de la sensibilidad colectiva. Obstaculizados los recursos clásicos del periodismo y otras publicaciones para visualizar problemas y situaciones, se ven privilegiados ciertos canales como los expuestos, pudiendo contabilizarse a través de ellos variados y atendibles logros estéticos. No se trata obviamente de que la literatura u otras artes sustituyan los análisis sociológicos o políticos, pero sí de que se puedan expresar con libertad y sin censuras —propias o ajenas— los contenidos del alma nacional. Esos contenidos concluyen por refugiarse —salvo excepciones— en temas no conflictivos o escasamente críticos en relación con el medio en el

cual se ven inmersos. Es perceptible, por ejemplo, la mayoritaria emigración hacia los motivos líricos —expresión de sentimientos amorosos, búsqueda introspectiva, interrogantes de tipo metafísico, etc.—, sólo con ocasionales derivaciones hacia la poesía de *impegno* o compromiso social. En esa tendencia lírica y a veces épica pueden situarse los excelentes poemas contenidos en libros como los de J.M. Gómez Sanjurjo —su Antología poética y "Otros poemas y una elegía"; en los de C. Villagra Marsal, "Guarania del desvelado"; en "Esperando el viento" y "Paloma blanca, paloma negra" del ya citado Canese; en "Briznas" de Ricardo Mazó; en "El labio y la palabra" de J. L. Appleyard o en "El tiempo, ese círculo"; de Esteban Cabañas, sin mencionar similares experiencias actuales o anteriores como las de Oscar Ferreiro, René Dávalos, Emilio Pérez Chaves, Juan Manuel Marcos, Mario Casartelli, etc. etc.

Lugar aparte merece la reedición de los poemas de Herib Campos Cervera, de filiación vanguardista, sin duda el poeta más importante hasta la aparición de su connacional Elvio Romero.

En materia de teatro, resulta valiosa la compilación efectuada por Antonio Pecci, donde arrancando de Julio Correa —verdadero padre de la escena paraguaya— se da cabida a siete piezas cortas de diversos autores, conformando un panorama suficientemente informativo sobre las tendencias actuales.

Finalmente, no podemos dejar de mencionar el alto valor poético de los textos recogidos por Miguel Chase Sardi en su "Pequeño Decameron Nivacé", que si bien pertenece al campo de la etnografía, muestra, sin embargo, un nivel literario digno de tenerse en cuenta.

Con todo lo logrado hasta ahora, estamos todavía lejos de la deslumbrante recreación de los mitos colectivos instaurada por Augusto Roa Bastos o la conmovida recuperación poética de gestas populares concebida por Elvio Romero, pero en cambio podemos extraer la convicción de que los autores paraguayos distan de haber renunciado en su tarea a ese "obstinado rigor" que reclamaba para sí el mayor de los genios del Renacimiento.

J.J. Reyes

El Bimestre político y económico

Publicación del Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA)

Presidente del Comité Editorial

Roque Carranza

Equipo editorial

Jorge Roulet, Eduardo Passalacqua y

Dante Caputo

Pueyrredón 510, 6º piso

1032 Buenos Aires, Argentina.

Redacción y administración

Pueyrredón 510, 6º piso

1032 Buenos Aires, Argentina.

